

LA PRIMAVERA Y EL ESTIO.

Es propiedad.

R. 12382

LA  
PRIMAVERA Y EL ESTIO.

COLECCION DE POESIAS

DE

D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

CUARTA EDICION AUMENTADA.

MADRID

CÁRLOS BAILLY-BAILLIERE

Plaza de Topete (antes de Santa Ana), número 40.

1866.



AL EXCMO. SEÑOR CONDE DE SAN LUIS,

*En muestra de gratitud y de afecto,*

Madrid, Abril de 1853.

José Selgas.



# PRÓLOGO.

---

AL QUE LEYERE.



LA historia de la publicacion de este libro es la siguiente:

En la modesta morada de un jóven cuyo elevado talento y vasta ciencia son tan conocidos de pocos, cuanto dignos de ser apreciados de muchos, se reunen dos veces cada semana varios otros jóvenes, con el fin de consagrarse al cultivo de las letras y de adquirir, alentados de un noble estímulo, conocimientos de que carecen, por desgracia, algunos de nuestros ingenios mas famosos.

Semejantes reuniones son tan sabrosas como útiles. En ellas no impera ningun género de charlatanismo. En ellas no se estudian las artes de engañar á la multitud, levantando mentirosos aparatos de ingenio y ciencia que la deslumbren, ni se reduce á práctica la enseñanza de combinar banderías cuyo destino sea crear injustas reputaciones y ejercer el monopolio de la fama en la esfera de la inspiracion artística.

Á una de estas reuniones me condujo mi buena suerte hará como tres meses y medio, y confieso que, aun prescindiendo de las felices consecuencias de tal visita, no podré menos de recordarla siempre con delicia, merced al agradable espectáculo que en ella tuve el gusto de presenciar.

Nueve ó diez jóvenes, presididos por el dueño de la casa, se ocupaban en escuchar el análisis que hacia otro de ellos de la *Medea* de Séneca, y se preparaban á dirigir objeciones al imberbe crítico, cuya pericia en el conocimiento del rico idioma del Lacio me pareció tan notable como rara. El orador á quien aquella noche habia tocado examinar lo mas interesante acaso de las producciones del gran trágico latino, no solo trazó un cuadro completo á grandes rasgos del estado de la civilizacion romana, á la aparicion de la *Medea*, para poder apreciar mejor la importancia de esta obra, sino que la analizó con arreglo á las teorías de la ciencia moderna, manifestándose tan versado en el conocimiento de las prescripciones aristotélicas y horacianas, como en el de Hegel, Lessing, Gioberti y demas grandes pensadores de Alemania, Italia y Francia.

Allí no habia discípulos ni maestros; y, sin embargo, todos concedian espontáneamente los fueros de tal al que habia concebido el pensamiento de realizar tan provechosos estudios; al que anhelando ser útil y deseoso de influir, sin causar ruido, en el mejoramiento de nuestra literatura, mal herida en brazos de los fabricantes de versos, habia querido establecer un gimnasio modesto, circunscrito, en el cual rindiesen culto cuantos se hallaren

codiciosos de aprender y fueren enemigos del estrépito, no á la moda pasajera, no al entronizado ignorantismo, sino al arte civilizador y fecundo.

Satisfecho de hallar tal suma de saber en tan breves años; admirado de la rectitud de juicio y del buen gusto del jóven crítico, cuyo nombre siento no recordar en este momento, y dándome interiormente el parabien por los frutos que deberán producir tales reuniones en época no lejana, iba á despedirme ya del Anfitrión de aquel festin literario, el Sr. D. Aureliano Fernandez Guerra, cuando este me advirtió de que aun habriamos de gustar nuevos manjares antes de la terminacion del banquete.

La costumbre autorizada en el pequeño liceo de que hago mérito es, en primer lugar, leer uno ó mas capítulos de los consagrados por algun célebre preceptista á determinar las condiciones fundamentales del arte, y discurrir acerca de su contenido para apreciar debidamente el valor de la doctrina. En seguida procede el individuo designado por la suerte en la semana anterior á examinar, desde el punto de vista que mas le place, alguna de las preciosas joyas dramáticas que nos ha legado la antigüedad ó que enriquecen la literatura española y extranjera de nuestros tiempos; y, por último, se leen composiciones poéticas de los circunstantes y se analizan y corrigen con una buena fé y un amor verdaderamente fraternal.

Por una casualidad, que sentí entonces y que despues he estimado providencial y dichosa, el alumno de las musas, cuyas poesias debian ocupar á la asamblea en aquella noche, habia olvidado el borrador de los versos que pensaba someter al fallo

de sus amigos. Mucho me dolí de este olvido, porque deseaba conocer prácticamente los frutos de semejante ejercicio; pero aun fué mi sentimiento mayor cuando supe que entre las composiciones olvidadas habia una cuyo destino era execrar las miserias de la envidia y la fatuidad de la ignorancia.

En tiempos como los nuestros; cuando se sublima á tanta altura la procacidad de los ídolos perecederos del vulgo; cuando tan malas artes se emplean para anular con la intriga lo que no se puede abatir con el talento; cuando tan rápidos progresos se han hecho en el estudio de la hipocresia, de la franqueza, y la envidia (tanto mas intolerante y sórdida cuanto mayor es la conciencia de su pequeñez) intenta sofocar el fuego de la verdad, sin conocer que este fuego acabará tarde ó pronto por abrassarla, es de suma importancia, á no dudarlo, dirigir el rayo de la inspiracion satírica contra el abrigo pestilencial y orgulloso de las pasiones que envilecen la augusta raza del hombre.

—Si no temiera molestar á ustedes (dijo entonces uno de los circunstantes) les daria á conocer algunas poesias de un jóven de mi pais, tan rico en infortunios como en ingenio, y dotado de cualidades morales que le debieran conquistar el aprecio de todo el mundo. Hace ya mas de seis meses que me envió un cuaderno de composiciones, titulado *La Primavera*, y hoy es el dia que no he podido conseguir que nadie quiera escucharlas.

—¿Y cuál es el nombre de ese ingenio desconocido? preguntamos todos en coro.

—*José Selgas y Carrasco*, respondió el jóven.

Creo, añadió con el fuego de un entusiasmo generoso, que no me ciega la amistad en cuanto á su mérito, y que estas poesias, aunque poco afortunadas, como el que las ha creado, son de mas precio que muchas de las que publican y ensalzan diariamente los periódicos de la córte.

—Veámoslas, pues, dijo otro de los concurrentes. Juzgo, sin que me asista para hacerlo razon ninguna ostensible, que no se equivoca en esta ocasion el amigo Arnao (1). La circunstancia de no sernos conocido el nombre de Selgas, me impele á creer que sus obras se elevan sobre la esfera de lo vulgar. Si asi no fuese, á estas horas nadie ignoraria que existe, y la prensa lo habria coronado una y mil veces de aplausos de gacetilla. Poeta que no mete ruido, que no intriga, que no se elogia á sí mismo, debe ser bueno por fuerza.

En esto el jóven Arnao desenrolló el cuaderno de poesias, y, con una sencillez que revelaba la bondad de su corazon, dijo: «Si estas cándidas inspiraciones hablan al alma de ustedes como á la mia, si logran interesar á los que me escuchan, tendré una de las mayores satisfacciones que haya experi-

(1) D. Antonio de Arnao, jóven de 22 años, natural de Murcia, y poeta de claro ingenio y buen gusto.— Murcia ha producido en estos últimos años algunos hombres de mérito, cuyos albores dan muy felices esperanzas para lo futuro. Á este número pertenecen, Selgas, Noriega, Arnao y algunos mas que no tardarán mucho en darse á conocer ventajosamente en la república de las letras. En la de las artes deberá ocupar en breve el puesto que sabrá conquistarle su talento el jóven pintor German Hernandez.

mentado jamás.» Y leyó un precioso idilio, titulado *La caridad y la gratitud*, en el que pinta el poeta, valiéndose de una ingeniosa alegoría, la excelencia de ambas virtudes y los beneficios que resultan de practicarlas.

Desde que tuvimos el gusto de oír las primeras redondillas de la composición, comprendimos que los versos que escuchábamos eran hijos de un poeta. Á la terminación de la lectura todos creíamos que el autor de aquellas delicadas imágenes debía poseer un alma tan pura como sus versos.

Sin embargo, *La caridad y la gratitud* no es de las más correctas ni de las más profundas inspiraciones del libro; y Arnao, que había querido proporcionarnos el placer de que saboreásemos gradualmente la belleza de tales flores, leyó en seguida la que él denominó *El retrato del Poeta*; es decir, el idilio, rico en espontaneidad y galanura, titulado *La modestia*. Esta gallarda poesía fué acogida con el mayor entusiasmo. Su mérito debía naturalmente producirlo: pues de mí sé decir que he leído pocas en las que un pensamiento más bello esté expresado en más delicada forma.

Á poco rato la reunión quedó terminada, y los que asistíamos á ella abandonamos el lugar en donde acabábamos de adquirir el conocimiento de un verdadero poeta. Desgraciadamente son tan pocos los que merecen este nombre y tantos los que lo usurpan, que la aparición de un vate digno en el campo en que pululan tan torpes grajos, es un acontecimiento para los amantes de las letras!

Al despedirme rogué á Arnao que me facilitase por algunos días las composiciones de Selgas, y le

pedí que me autorizase para dar á conocer públicamente el indudable mérito de su amigo y paisano. Su amabilidad accedió á todo, y á los pocos dias tuve el gusto de insertar en las columnas de *El Herald* (periódico que se goza de dar aliento á la juventud que vale), algunos renglones destinados á anunciar que acababa de aparecer en el cielo de la poesia española una estrella de clarísimo esplendor.

El público ha visto en las composiciones de Selgas insertas en *El Herald* lo mismo que en ellas habian aplaudido los individuos que se reunen periódicamente en la calle de la Almudena, y ha confirmado su fallo de todo en todo. Siquiera en esta ocasion ha sido justo. ¡Deja de serlo tantas veces! ¡Es tan dócil para tolerar que su opinion sea suplantada cuando hay audaces empeñados en conseguirlo!... Pero afortunadamente, Selgas no era conocido aun cuando aquellas se publicaron, y no habia sido posible á la maledicencia envidiosa preparar el terreno en contra suya. ¿Será hoy lo mismo? ¿Habrá la misma buena fé para aplaudir lo que en el primer momento de sorpresa no se pudo condenar, porque la mayoria del público lo aprobaba, y ciertas gentes nunca se olvidan de representar el papel de cortesanos aduladores del vulgo?

Los que habian escuchado con mofa de labios autorizados (1) que las composiciones de Selgas po-

(1) Los de D. Rafael Maria Baralt, D. Juan E. Hartzbusch y D. Felix de Uzuriaga, que habian leído en mi casa y celebrado lealmente algunas poesias del vate murciano.

seian un mérito indisputable y venian á enriquecer legítimamente el Parnaso español de nuestros dias; los que sin conocer las bondades ó defectos de tales obras habian puesto en duda el talento del poeta, porque nadie conocia su nombre, y, sobre todo, porque no habia recibido el bautismo de la fama en el ahumado recinto del café del Príncipe; los que al ver el buen efecto que habian producido en la generalidad de los que sienten y piensan las tres composiciones sometidas en *El Herald* al fallo de las personas de gusto, variaron de opinion y cesaron de condenar el entusiasmo *extravagante* de los que tenian la *candidez* de aplaudir á un desconocido, ¿no buscarán hoy desde el polvo de su impotencia recursos para abatir al que reclama ser oido con tan valederos títulos? ¡Plegue al cielo que no me engañe, aunque no sea mas que por honor del gremio que se da á sí propio el nombre de literario!

Pero digamos, antes de proseguir esta historia, algunas palabras relativas á las circunstancias de su héroe. D. José Selgas Carrasco nació en Murcia á fines de 1824. Su padre, D. Juan Antonio, fué honrado interventor de correos de aquella administracion principal. Declarado cesante, á pesar de su probidad reconocida y merced á sus opiniones contrarias, aunque inofensivas, al órden de cosas inaugurado en 1833, sufrió inmerecidas desgracias, y al fin murió de pesar, no dejando á sus hijos mas herencia que su buen nombre, y á su esposa la modesta pension de viuda correspondiente á su destino.

El jóven Selgas estudió con aprovechamiento la

lengua latina y sus clásicos y la filosofía en el seminario conciliar de San Fulgencio. La falta de medios no le permitió seguir una carrera literaria. Desde los primeros años de su juventud se dedicó á aliviar la suerte de su familia, ocupando modestos y subalternos puestos en algunas dependencias y oficinas de la provincia, en las que siempre obtuvo el aprecio de sus jefes por su clara comprension, por el buen desempeño de los negocios que se le fiaban y por su honrado porte y suma delicadeza.

En sus horas de descanso se dedicaba á cultivar la literatura y la poesia, dando á conocer desde luego sus buenas disposiciones; y todavia era muy jóven cuando escribió un *Cuento* en el que, á vueltas de un plan desarreglado y un interés casi nulo, se encuentran descripciones llenas de vida y versos tan hermosos y galanos como los del señor Duque de Rivas en *El moro expósito*, poema cuya forma se propuso imitar nuestro poeta. Además ha escrito poesias líricas muy bellas, y tres comedias en uno, dos y tres actos, tituladas, la primera, *Todo un tio*; la segunda, *Dos ángeles*; la tercera, *La piedra filosofal*. En ellas se advierte desde luego una facilidad, gracia, soltura y animacion en el diálogo, que no puede menos de sorprendernos en quien comienza apenas á cultivar la poesia dramática, y la segunda ha sido representada en el teatro de Murcia con muy buen éxito.

Selgas es sencillo, bueno, afable, honrado y generoso, rayando en abandono el descuido de sí mismo.

La degradacion en materias literarias ha llegado entre nosotros á tanto, que basta saber pensar y

escribir en prosa ó en verso, para no encontrar por nada del mundo editor que imprima y recompense medianamente los trabajos del literato ó las inspiraciones del poeta. Mientras mas elevado es el mérito de las obras, menos propicios suelen hallarse los editores á adquirirlas. Para encontrar editores es necesario muchas veces haber perdido la dignidad de autor y aun la de hombre, y sobre todo, escribir mal ó traducir libros franceses.

Este cuadro parecerá exagerado y no lo es. Mas que verdaderos editores, los que en Madrid se ocupan en negociar con los frutos del ingenio, ni aun siquiera conocen lo que importa á sus intereses; y para uno que comprenda su posicion y satisfaga dignamente las condiciones de su destino, hay mil que lo desnaturalizan y degradan, envileciendo al par la literatura, coadyuvando á barbarizar el idioma, y sembrando semillas cuya ponzoña no dejará de producir resultados perniciosos, cuando apenas haya medio alguno de conjurar sus efectos.

Asi, pues, los que sin conocer á Selgas anhelábamos que fuesen conocidas sus obras, desesperábamos de encontrar editor que se encargase de sacarlas á la luz pública, á pesar de sus breves dimensiones, en atencion á que los editores solo suelen curarse de publicar lo que entienden, y no han nacido las flores para perfumar al fiemo. Pero cuando mas difícil se nos figuraba llegar al logro de nuestros deseos; cuando yo, principalmente, pensaba recurrir para realizarlos á la generosidad de una persona siempre amiga y protectora de la juventud y de las artes, me sorprendió agradablemente la idea de abrir una suscripcion para llevar á

cabo con facilidad, en honor y provecho del autor, y sin exigir de nadie lo que pudiéramos llamar sacrificio pecuniario, la impresion de tan delicadas poesias.

El ilustrado director de *El Herald*o, D. José Maria de Mora, autor de este feliz pensamiento, habia creido que á nadie mejor que á los que se gozaron en publicar el mérito del novel poeta correspondia afanarse en dar á luz reunidas sus castas inspiraciones; y que de tal modo patentizaria *El Herald*o, no solo que reconoce y aplaude el mérito donde quiera que reside, sin que haya para él mejor recomendacion que poseerlo, sino que sus hombres son verdaderos amigos de la juventud, y se apresuran á auxiliarla con recursos positivos en las personas de aquellos que la representan dignamente.

Como las ideas que nacen de un sentimiento generoso dejan rara vez de ocasionar provechosos resultados, la del Sr. Mora, cuya basta ilustracion y bondadoso carácter lo elevan á mucha altura, fué acogida y puesta en práctica en solo un punto. El éxito ha justificado lo que indico.

La lista de suscritores que llena las últimas páginas del presente libro, y otras circunstancias que no deben ser ni serán ajenas al conocimiento de quien leyere este prólogo, prueban mas que suficientemente la exactitud de mis palabras. El señor Mora debe, pues, estar orgulloso de su pensamiento; y los hombres que se agrupan alrededor de *El Herald*o de componer la primera fraccion política (tal vez no fuera injusto darle el nombre de gran partido) que, curándose de la juventud y de las letras, ha empezado á tenderles una mano bienhe-

chora, sacando de la oscuridad en que yacia á un jóven poeta de brillantes esperanzas.

Pero entre todos los que han contribuido á realizar esta buena accion, cuyo mayor mérito consiste en la espontaneidad con que ha sido llevada á cabo, ninguno puede estar con mas justicia satisfecho de sí mismo, ninguno es mas acreedor á la gratitud de la juventud y de las letras que el Excmo. señor Conde de San Luis, ministro de la Gobernacion del Reino.

En medio de las graves atenciones del cargo que tan dignamente desempeña, el Sr. Conde de San Luis, á cuya generosa solicitud por la literatura y por las artes deben tanto unas y otra, no bien supo que existia un jóven de mérito, oscurecido en el rincon de una provincia; no bien llegó á sus oidos que las inspiraciones poéticas de este jóven salian de la esfera de lo vulgar, y que la fortuna habia sido para con él avara de sus tesoros, quiso conocer por sí propio el valor de sus celebradas composiciones; y en cuanto leyó algunas de ellas, el claro talento y fino gusto que le distinguen le patentizaron que efectivamente Selgas no pertenecia al número de los embadurnadores que infestan el Parnaso castellano.

Merced á tal conocimiento; gracias al entusiasmo que inspira siempre al Sr. Conde todo lo que es grande y generoso, apenas le fué indicado el laudable pensamiento del Sr. Mora, cuando se apresuró á suscribirse por 100 ejemplares de la *Primavera* y á manifestar el deseo de proteger, del modo delicado y digno que sabe hacerlo, al hasta entonces poco venturoso vate.

—«El hombre que recibe tan bellas inspiraciones, dijo (después de haber leído algunas de las de Selgas y dirigiéndose al Sr. D. José Juan Navarro, persona de las que con mayor interés le hablaron en pro del poeta desconocido), bien merece la pena de que se le aliente. Y pues ingenio tan modesto ha carecido hasta ahora de ancho espacio donde volar, abramos desde hoy á sus alas mas dilatado horizonte. Animar á los jóvenes de corazón y entendimiento; buscarlos donde quiera que se encuentren; estimularlos á ser grandes y virtuosos, debe ser la divisa de nuestro partido. Bastante ha predominado en otros el favor, predomine en nosotros la justicia; no rehusemos á los hombres de mérito los oficios de amigos y admiradores. Lo que no podemos hacer en un dia, procuremos verificarlo en un año. De este modo llegarán tiempos en los que ningun verdadero valer pueda quejarse de no haber siquiera obtenido una parte de la recompensa merecida.»

No haré comentario alguno acerca de estas palabras. Cuando hiere nuestros ojos la luz del dia, inútil fuera detenernos en probar que ha desaparecido la noche. Pero á las almas de noble temple no les basta favorecer. Para quedar satisfechas de los beneficios que derraman, necesitan al dispensar el favor, honrar al favorecido; y esta aspiracion casi divina es tanto mas admirable, cuanto es mas propio de la vanidad humana favorecer por egoismo, y blasonar de los favores en términos humillantes las mas veces para aquellos que los reciben.

El Sr. Conde de San Luis es un valedor generoso y delicado. Esto solo bastaría para hacer paten-

tes las bondades de su corazón y la altura de sus pensamientos; dotes raras en todas las épocas entre los hombres de Estado, y rarísimas, por desgracia, en nuestro siglo, en el que cuantos fijan su atención é intervienen en la marcha de los negocios públicos, procuran representar la comedia *Cada uno para sí*, con mas propiedad y mas empeño del que puso en escribirla nuestro inmortal Calderon de la Barca.

Veamos, pues, en corroboracion de lo dicho, cómo el Sr. Conde de San Luis ofrecia su proteccion al jóven poeta de Murcia, á los pocos dias de haber visto la luz pública mi artículo de *El Heraldó*.

SR. D. JOSÉ SELGAS Y CARRASCO:

«Muy Sr. mio: He leído con placer algunas de las composiciones poéticas que forman parte de la preciosa coleccion á que ha dado V. el título de *La Primavera*, tanto por la delicadeza y el buen gusto que en ellas resaltan, cuanto porque descubren dotes que cultivadas con esmero y espaciadas en mayor teatro que el de una capital de provincia, podrán dar gloria á V. y lustre á la musa española de nuestros tiempos.

»Deseoso, pues, de contribuir á la realizacion de esta idea; amante de los jóvenes en quienes la modestia reside hermanada con el talento; y sabedor de que V., mas rico en ingenio y en virtudes que en bienes de fortuna, desea ensanchar en Madrid el círculo de sus conocimientos y procurarse una subsistencia decorosa, tengo el gusto de ofrecer á

V. mi amistad, animándolo á que venga desde luego á esta córte, donde cuidaré de que encuentre V. ocupacion compatible con sus estudios y aficiones.

»Con este motivo saluda á V. afmo. seguro servidor y amigo Q. S. M. B.—EL CONDE DE SAN LUIS.»

Pintar la impresion que debió causar en el alma de nuestro poeta la carta que acabo de transcribir, fuera empeño superior á mis alcances. Sin embargo, en mi humilde concepto, documento tan precioso debió ser para él como la luz para el que ha permanecido ciego por largos años; como la fuente para el que espira de sed y solo puede recibir del agua la salvacion y la vida.

Selgas, que sufría las privaciones inherentes á una posicion oscura, subalterna, indigna de su talento y sus virtudes, pero en la cual se hallaba resignado á sufrir las injusticias de la suerte, se encuentra un dia sorprendido (por causas que nunca hubiera imaginado su modestia) con la proteccion de un ministro jóven, de talento, cuya importancia se acrecienta á medida que su reputacion se acrisola, y que tiene la delicadeza, peregrina por lo rara, de no brindarle con el favor de un Mecenaz, sino con el afecto de un amigo.

Circunstancia semejante significaba para él tanto como pasar desde el caos del olvido al mundo de la esperanza y de la gloria. Asi es que á los tres dias de recibida dicha carta pisó por primera vez el suelo de la coronada villa y tuvo la honra de saludar á su ilustre favorecedor, en frases entrecortadas, de las que apenas se atreve á articular, porque todo le parece frio, un corazon donde rebosa el verdadero

agradecimiento. Poco despues, Selgas, recibió el nombramiento de auxiliar del Ministerio de la Gobernacion, con 12,000 rs. de sueldo, y el Sr. Conde de San Luis la satisfaccion imponderable que nos resulta de obrar bien y de hacer algo en pro de quien lo merece.

Acaso no faltarán personas que al leer las presentes líneas me tachen de lisonjero, cuando no cubran mis palabras con el sambenito de aduladoras. No me causará sorpresa; porque ¿de qué no es capaz la maledicencia humana? ¿Ni cómo dejará de escupir veneno sobre el manto de la justicia fecunda, la envidia que se reconoce estéril? Maldigan, pues, en buen hora, maldigan de la veracidad de este escrito los que sintiéndose incapaces de generosidad desearan que no existieran en el mundo corazones generosos. Maldigan los que amamantados en la escuela de la ingratitud y de la envidia, solo quisieran encontrar envidiosos é ingratos sobre la tierra. Hay acciones en las cuales jamás dejan de estrellarse los tiros de los maldicientes, y á este número corresponde el honrar y favorecer al mérito, el proclamar en voz alta, despreciando las miserias de los que besan los grillos de sus mezquinas pasiones, que no es posible representar en la escena del mundo un papel mas digno que el de servir de providencia á la virtud ignorada, al ingenio modesto y desatendido.

En cuanto á mí, nunca me juzgo mas dichoso ni mas honrado que cuando puedo enaltecer justamente, como me sucede ahora, nobles y generosas acciones. ¡Son tan pocas las que de esta especie se realizan en el mundo! Además, en la presente oca .

sion, tratándose, como se trata, del Sr. Conde de San Luis, el hacer justicia es para mí doblemente lisonjero. ¡Es tan grato poder ensalzar dignamente á las personas que nos han favorecido! ¡Es tan dulce y dispierta en el corazon tanto entusiasmo encontrar nobles y grandes á aquellos con los cuales hemos contraido deudas de agradecimiento! ¡Ni qué satisfaccion hay mas pura que la de confesarse agradecido?

Quédese para las almas ruines considerar como carga pesada la gratitud; que yo, no solamente me ufano en dejar consignada en este sitio la mucha de que soy deudor al Sr. Conde de San Luis, mas tengo por honra el proclamar, sin temor de que nadie pueda desmentirme, que en la presente ocasion el sentimiento de la justicia es únicamente el que ha guiado mi pluma. Por dicha, hasta los mismos enemigos del Sr. Conde se han visto precisados á celebrar el acto generoso de que se trata, y la prensa ha estado unánime en prodigarle los elogios que merece. Ministros tan valedores de las letras y de las artes, como lo es el Sr. Conde de San Luis; ministros que tan gran interés ponen en el desarrollo de la civilizacion y la cultura, y que tan dados son á reformar útilmente cuanto se encomienda á su custodia, no pueden menos de honrar el pais en que gobiernan.

La proteccion dispensada al jóven Selgas es un acontecimiento verdaderamente plausible para los hombres de saber y de talento, y sobre todo para la juventud estudiosa, que siempre suele ser la mas necesaria de auxilio. Es el primer eslabon de una cadena, gloriosa en alto grado para su artífice. El

Sr. Conde de San Luis jamás abandonará un sendero en el que pueden coronar sus sienas flores de inextinguible perfume. Dígalo si no *El Tulipan*, tan bello como elegante, colocado á la cabeza de estas poesias.

Tal es la historia de la aparicion de Selgas en el mundo literario; tal la de la publicacion del presente libro.

Ahora hien: ¿es este digno de las alabanzas que se le tributan? ¿El mérito de *La Primavera* es tal como dicen los que han leído dicha coleccion de composiciones poéticas? ¿Por qué unas sencillas poesias de flores han despertado la atencion de personas entre las que se cuentan algunas que son maestras en el arte, y muchas para las cuales lo bello es familiar, sea cualquiera la forma de que se revista? Voy á procurar demostrarlo.

Toda creacion del ingenio humano tiene dos clases de mérito: uno que podemos denominar relativo: otro al que corresponde de justicia la calificacion de absoluto. Aquel es el que resulta de la importancia de una obra como expresion de un estado social dado; esto es, de la relacion que existe entre la produccion del ingenio y la civilizacion particular de que ha provenido y que ha sido parte á modificarla en sus accidentes ó en su esencia. Este, el que no se halla sujeto al influjo de las circunstancias, porque es hijo de cualidades inmutables, y desentendiéndose de las exigencias de actualidad, se dirige al corazon y al entendimiento humano, en vez de concretarse á hablar un lenguaje que solo puedan apreciar bien los hombres de ciertas y determinadas épocas.

El primero es el único mérito que posee la mayor parte de lo que hoy se escribe entre nosotros. De aquí los aplausos que han coronado y coronan ciertas producciones, buenas relativamente, porque satisfacen las exigencias del vulgo de nuestros dias; pero malas en abstracto, porque su belleza, si alguna tienen, es como ya he dicho, relativa, y por lo tanto, efímera y transitoria. Para esta clase de obras nunca falta un público de admiradores. La multitud aplaude siempre lo que está á su alcance, y la belleza elevada no puede estar jamás al alcance de la multitud.

Merced á esta deplorable circunstancia; gracias al primitivo ejemplo difundido en el campo de la inspiracion poética por hombres de gran valia, cuya anárquica ignorancia ha acreditado como fecundas semillas de destruccion y de muerte, el mal gusto se ha entronizado en la arena literaria de nuestra patria; y auxiliado de un superficialismo punible ha mecido cariñosamente en su regazo á los mas oscuros copleros, dándoles en galardón de sus delirios, con la fama pasajera de un dia, el usurpado título de poetas: título que se aplican modestamente en Madrid casi todos los que hacen versos, y que es para muchos de los que viven á costa de la poesia como una corona de vírgen colocada en la frente de una prostituta.

En este lastimoso estado; cuando tales son los elementos que imperan en los dominios de la poesia española de nuestros tiempos; cuando el mérito relativo, es decir, el prosaismo, la palabreria, la vaciedad, aspira á destronar al mérito absoluto, sin conocer que su triunfo no logrará nunca ser sino

momentáneo y aparente, no puede menos de halagar á los que tienen fé en la soberania de lo bello, á los que gozan admirándolo en las manifestaciones del arte, ver que en tan cenagoso pantano se encuentran algunas perlas; pues tanto será mayor el mérito que las avalore, cuanto mas hayan necesitado encerrarse en el seno de su concha para adquirir los cambiantes luminosos que las embellecen.

Selgas pertenece al número de excepciones tan felices. Es una olorosa violeta, nacida en pradales de amapelas y jaramagos. No le pidais fastuosas apariencias; no le pidais la púrpura inútil de aquellas ni el jalde envidioso de estos. Pedidle un color que agrade y que no deslumbre, una fragancia que perfume el alma con su pureza, sin que la muerte le extinga, y vereis cómo su morado aspecto llena vuestro corazon de apacible melancolia, cómo la delicadeza de su aroma os baña en delicias cuya candidez es la candidez del cielo.

Entre el fárrago de una poesia charlatana y prosáicamente ampulosa; en medio del torbellino de versos, verdugos del idioma y de la belleza, que invade los periódicos y el teatro, Selgas ha sabido en el rincon de su provincia, libertarse del contagio. Sin buscar lo maravilloso ni dar en lo extravagante, como algunos de los ingenios á quien en la actualidad favorece mas el público, ha encontrado en su alma inspiraciones de una originalidad encantadora, y ha tenido el buen gusto de expresarlas con sencillez y en breves términos. Asi vemos que ha sabido combinar diestramente la gracia y ligereza de la forma con la ternura y profun-

didad del fondo, y que cada una de sus composiciones es un pequeño poema, del cual se puede, en último resultado, sacar no poca enseñanza.

El carácter que distingue esta colección de preciosas flores, del vulgo de las llamadas poesías que diariamente se escriben entre nosotros, es el que resulta de haber sabido el poeta enlazar la idea metafísica á la religiosa y á la humana, buscando para hacerlas perceptibles bajo la forma simbólica, las analogías que existen entre las pasiones del corazón y el carácter emblemático de las flores y de las plantas.

Para él la naturaleza, que aparece muda á la vista de los demás hombres, tiene una elocuencia irresistible, cuyo primero y más principal destino es cantar las glorias del Criador. Sobre tan sólidos fundamentos, Selgas debía edificar y ha edificado alcázar es permanentes. Sus poesías reúnen, pues, en abstracto dos cualidades importantísimas, pero muy difíciles de concertar: el espiritualismo, la vaguedad, la melancólica ternura de las poesías del Norte; la gallardía, la frescura, la riqueza, la pompa de las poesías meridionales. Esta dualidad de caracteres que constituye un conjunto verdaderamente seductor, es el que sublima las inspiraciones de nuestro novel ingenio y las coloca en esfera especial, al lado de las mejores que la musa española ha producido en estos últimos años.

Sin necesidad de que lo diga el poeta, sin que sea preciso consignarlo en este lugar, comprenderá el lector, no bien lea algunas de las poesías que me ocupan, que se han engendrado en un alma acostumbrada á los rigores de la adversidad y la desdi-

cha; pues solo un hombre desgraciado puede en climas meridionales expresar bien ciertos sentimientos del corazón, y depositar en el fruto de sus inspiraciones la delicada ternura que tanto nos interesa en las flores de esta preciosa guirnalda.

Ya he dicho que para el autor son elocuentes los objetos que para los demás son mudos. Y con efecto, á sus ojos los árboles, las flores, las fuentes, los arroyos, todo, en fin, se halla animado de un espíritu, todo se personifica y se ostenta con los atributos propios del hombre, es decir, con sus virtudes, sus vicios, sus pasiones y sus dolores.

Estas personificaciones están muy lejos de asemejarse á las del politeísmo griego, y son enteramente distintas de las que se encuentran á cada paso en las fábulas indostánicas. Para igualar á aquellas sería necesario que el laurel se convirtiese en Dafne; esto es, que la planta, la flor, el arroyo, el árbol tomasen la forma humana; y sin embargo, en las poesías de Selgas la naturaleza conserva todas las condiciones que le son propias, y la personificación es puramente espiritual, si así se me permite decirlo. Para anular el carácter de las leyendas del Ganges sería preciso que el objeto personificado, como parte de la misma divinidad, como fragmento del gran todo que la constituye, perdiese mucha de la importancia humana que ha dado á sus alegorías nuestro poeta, y este ha tenido el buen gusto (en lo que estriba á mis ojos la mejor parte de su gloria) de escribir un libro verdaderamente humano, nutrido en la savia fecundadora y sublime de la moral evangélica.

Las flores de Selgas son de un mérito inaprecia-

ble; pues no solo nos encantan sus colores, no solo nos embriagan sus perfumes, sino que la miel depositada en su seno puede servir para endulzar las amarguras de nuestra vida; para fortalecer nuestra alma; para extinguir en ella el resabio de plantas cuyo jugo, deleitable en la apariencia, es en realidad ponzoñoso. En ellas encontramos, pues, unidas á la delicadeza, á la ternura de una mujer (cualidad rarísima en todos tiempos entre los poetas líricos españoles), la virginal candidez de un niño, y la grave y severa profundidad de un filósofo cristiano.

Con semejantes cualidades, ilustrada con tan no vulgares dotes, *La Primavera* de Selgas no podía menos de llamar la atención de las personas de gusto. Un libro que, sin carecer de descuidos ni de defectos, contiene tantas bellezas; un libro que por su originalidad, por su índole, por su objeto se aleja tanto y tan felizmente del sendero que sigue la mayor parte de los ingenios de la corte; un libro que al mérito absoluto que lo realza reúne también el mérito relativo, esto es, una forma cuya belleza no pueden rechazar aquellos que se alimentan de mas groseros manjares, merece la pena de que se celebren sus buenas partes, no solamente en nuestros dias, sino en cualesquiera otros menos aciagos para las letras. Si á esta consideracion se añade la de que dicho libro es el primero que sale á pública luz, de un jóven hasta ahora desconocido, inútil será añadir que el entusiasmo excitado por su lectura en las personas de que se ha hecho mérito es legítimo en alto grado.

Ni malgastaré el tiempo en buscar una califica-

cion determinada para distinguir la familia poética á que pertenecen las flores del vate murciano. ¿Será mayor ó menor su mérito porque las apellidemos con este ó con aquel nombre? ¿Perderán algun átomo de su importancia si no nos atrevemos á decir terminantemente que son epigramas ó letrillas, madrigales ó baladas, apólogos ó canciones? Basta con que sepamos que son buenas; y no vacilo en decir que lo son, porque en ellas suelen encontrarse los mas bellos pensamientos expresados en la mas bella, en la mas adecuada de las formas.

Sin embargo, en la mayor parte de tales flores encontramos algo del apólogo y del idilio; del lied nacido en los bosques de la Germania y de los cánticos populares del Norte, sin contar cierto aire de semejanza, mas ó menos indicado, con las parábolas bíblicas. Y á pesar de estas diversas analogias parciales, las flores de Selgas son exclusivamente suyas, y tienen una individualidad tan determinadamente propia, que no se pueden confundir con ningunas de las composiciones dirigidas al mismo objeto, entre aquellas que ilustran nuestro parnaso. Solo ha salido á luz un libro en el que se encuentran algunas inspiraciones análogas á las de Selgas bajo la forma de apólogos: las fábulas de Hartzenbusch, cuyo mérito es indecible, y que apenas han ocupado un momento la atencion del público y de la prensa, quizá por esta misma circunstancia.

Réstame, para poner fin á este molesto proemio, llamar en apoyo de mis palabras algunos ejemplos tomados al azar en las poesias que nos ocupan. Asi no padecerán duda mis razones, y se comprenderá mejor la índole del poeta al escuchar los acentos.

nacidos de lo profundo de su alma. Por lo demas, estas citas darán á conocer tambien las prendas mas notables de su estilo y los lunares que suelen afeár á veces cuadros de tanta espontaneidad y tan bien sentidos é imaginados.

El poeta empieza por exclamar con el acento de un alma buena:

«¡Quién pudiera trocar todos sus años  
Por unas breves horas de inocencia!»

Y despues de decir en unos tercetos que no des-  
deñaria Rioja:

«La bulliciosa juventud convida  
Á festines de amor, y nos ofrece  
La copa del placer apetecida.  
»El alma se dilata y se estremece;  
Palpa la realidad, rásgase el velo...  
Y toda la ilusion desaparece.  
»Entonces llega el matador recelo;  
Entonces llega la inquietud sombría  
Y llega el dolor y el desconsuelo.  
.....  
»El amor engañado se replega;  
Crece la flor de los recuerdos triste,  
Porque con tristes lágrimas se riega;»

Despues de decir que los recuerdos son un

«Fanal que guarda deliciosas flores,»

prorumpie en este sentido apóstrofe, cuyo objeto es el norte fijo y constante de todas sus inspiraciones:

«Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;  
 Olvida mis pasados desvarios;  
 Brille en mi corazon tu sentimiento;  
 Brille en mi vida y en los versos míos.»

Si le inquietan ensueños de gloria, la personifica bajo el nombre de *Laura*, y nos dice que su hermosura es *pálida*; pero que su palidez es *la de la azucena*. Sus ojos la ven en todas partes:

«En los misterios de la noche oscura  
 La escucho suspirar; cual sombra vana  
 Por el bosque sombrío  
 Me la finge la luz de la mañana,  
 .....  
 Si á mis inquietos ojos comparece,  
 Su blanca mano me señala el cielo  
 Y rápida otra vez desaparece.»

Si celebra la vuelta de *La Primavera*, exclama:

«Naturaleza toda se levanta  
 Fecunda en flores, de perfumes llena  
 Y respirando amor.»

Si quiere pintar la *inocencia*, la personifica en un cristalino arroyo, y le dice:

«El aura de quien eres  
 Amado y bendecido,  
 Te besa, y al besarte  
 Se lleva tus suspiros.  
 »Las aves en tus ondas  
 Dan á sus plumas brillo;

Solícitas las beben  
Para endulzar sus trinos.»

Si aspira á revelarnos los *Misterios de una Pasionaria*, la pinta reclinada entre los brazos de un sauce, arrullada por las aruas y acariciada de los céfiros, y nos dice que

«...De la flor misteriosa  
Las verdes hojas lozanas  
Ciñen el cáliz oculto,  
Y pudorosas lo abrazan;  
Dejando entrever suave,  
Ligeramente rizada,  
Del boton maravilloso  
La recogida guirnalda.»

Entonces nos pinta como la mas gentil mariposa del valle, la que de mas vistosos colores se posa en la flor:

«Y sigue la mariposa  
Prendida á la pasionaria,  
Como el amor á la vida  
Y como al amor el alma.  
.....  
Muévase y tiembla la flor;  
Y, mas que la espuma blanca,  
Se eleva la mariposa,  
El sauce pomposo salva,  
Y de sus vanos colores  
Y su afan purificada,  
Piérdese en los altos cielos  
Donde la vista no alcanza.»

¿Cabe nada mas delicado y mas bello que esta apoteosis del dolor, en la que vemos que los sufrimientos purifican el alma de las brillantes miserias de la vida para conducirla insensiblemente al cielo?

¿Y qué interesante cuadro no ofrece el soneto titulado *El sauce y el ciprés*, en el que un pensamiento el mas consolador y fecundo aparece ataviado con las galas de la mas selecta poesia? La debilidad humana se rebela contra los padecimientos, envidia una felicidad que no existe en la tierra, y que juzga, no obstante ver á su lado, y se mustia y languidece suspirando por alargar una vida coronada de tristeza. Entonces el símbolo de la aspiracion y de la plegaria, el ciprés, cuyas ramas huyen de la tierra para acercarse al cielo, exclama, como si hubiese aprendido en el cielo mismo palabras tan consoladoras:—Dichosos los que lloran en este mundo, porque el dolor es el crisol en que se depura el hombre.

Seria interminable mi tarea si hubiese de indicar siquiera la multitud de pensamientos tiernos, profundos, ingénuos ó delicados que abundan en este libro; si hubiese de determinar los rasgos brillantes, las descripciones felices, la singular belleza, en fin, que resulta en todas y en cada una de las flores de tan hermoso ramillete. Creo, pues, que con lo dicho basta para conocer que no es la pasion, sino la justicia, la que ha guiado mi pluma; pero si no se persuadiesen de esta verdad, por los ejemplos citados, algunos de los lectores, lean las poesias tituladas *La Modestia*, *El Laurel*,

*La Alondra, El Céfito y una flor, Lo que son las mariposas, Las dos Camelias, La Dalia,* y otras cuya enumeracion fuera prolija, y en ellas encontrarán la mejor respuesta que puede darse á sus dudas.

¿Deberemos deternernos ahora á decir que es lástima encontrar algunos lunares entre tantas perfecciones, y que la repeticion ó mala colocacion de algun epíteto, la poca propiedad de algun verbo ó lo poco selecto de algun giro son faltas que el autor ha podido evitar á poca costa y que no han debido aparecer en un libro cuya correccion y elegancia son generalmente tan notables? De ningun modo, porque tal vez el autor hubiera anulado préviamente tal censura, si hubiese hecho por sí mismo la edicion de sus poesias.

*La Primavera* de Selgas es un nuevo testimonio de la feliz reacion hácia los buenos principios literarios que se va verificando en silencio, desde algun tiempo á esta parte, merced á los esfuerzos constantes y generosos de algunos hombres de mérito. Trabajemos, pues, sin descanso para que las letras, y sobre todo la poesia, salgan del estado de postracion en que hoy se hallan, y no olvidemos la sentencia de Tio Livio, segun la cual siempre vence quien virtuosamente porfia:

Pertinax virtus omnia vincit.

MANUEL CAÑETE.

Junio de 1850.



## AL EXCMO. SR. D. LUIS JOSÉ SARTORIUS,

CONDE DE SAN LUIS, VIZCONDE DE PRIEGO, MINISTRO DE  
LA GOBERNACION DEL REINO, ETC., ETC., CUANDO EN EL  
MODESTO POETA SELGAS TENDIÓ UNA MANO PROTECTORA  
AL VERDADERO MÉRITO.

### APÓLOGO.

Al fin de lluvioso invierno,  
De entre sombrío zarzal,  
En árida roca y triste,  
Nace rojo tulipan.  
Orgullosa en su corola  
Ostenta, del oro á par,  
De purísimo rocío  
Una gota virginal.  
Al blando halago del aura  
Parece que á ceder vá;  
Y es que busca, en torno suyo,  
Donde el alma dilatar.  
En las descarnadas crestas  
Vé, melancólico asaz,  
Al rudo y añoso roble,  
Y por el cielo cruzar,  
Que nebuloso le cubre,  
Aves de agüero fatal.  
No mas el eco repite

XXXVIII

Que su funesto graznar;  
Ni mas un arroyo copia  
Que aridez y soledad.  
Con hondo murmurio entonces  
El mísero tulipan  
Exclamó:—«¿De qué me sirven  
Mi lozania y beldad?  
De todo es horror y espanto,  
La hermosura está demás.»  
Dijo, y la cerviz altiva  
Dobló con ansia mortal;  
Y los cielos le miraron  
Callado y mustio espirar.

La flor mas linda de abril  
Ví que marchitó el olvido,  
Mientras de régio pensil  
Llenaba el centro escogido  
La ortiga insolente y vil.

¿Hasta cuándo infausta suerte  
Del saber y la virtud  
Será enemigo el mas fuerte,  
Y entre cadenas de muerte  
Los tendrá en esclavitud?

Dije: y escuché asombrado  
Voz que el bueno reverencia,  
Eco del cielo bajado,  
Que exclamó: «Empiece el reinado  
De la virtud y la ciencia.»

*Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe.*

# LA PRIMAVERA.

---

## INTRODUCCION.

---

### LA INOCENCIA.—LA VIRTUD.

Bellos los años son, bella es la vida  
En aquella feliz edad de flores  
En sueños de inocencia adormecida;

Cuando el alma no tiene sinsabores,  
Y cuando el corazon aun no ha apagado  
Tributo de dolor á los dolores;

Cuando vive feliz y sin cuidado;  
Muestra de lo que el hombre ser podia,  
Muestra de lo que fué sin el pecado.

Mas ¡ah! que la inquietud y la agonía,  
Aun no traspuesta la infeliz infancia,  
No nos dejan un punto de alegría.

¡Saber!... necia ambición, vana arrogancia;  
Pues cuanto mas el hombre en él se empeña,  
Mas se cubre de luto y de ignorancia.

¿Qué difícil estudio nos enseña  
Á cegar el abismo tenebroso  
Por donde nuestra vida se despeña?

¿Es por ventura el sabio mas dichoso?  
Y el que la suerte á las riquezas lanza,  
¿Cuenta muchos instantes de reposo?

Y la esperanza en fin... ¿Qué es la esperanza,  
Mas que la dolorosa resistencia  
Que hacemos al pesar que nos alcanza?

¡Difícil inquietud, triste experiencia!  
¡Quién pudiera trocar todos sus años  
Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?  
¿Por qué este afán tenemos á una vida  
Tan llena de amargura y desengaños?

La bulliciosa juventud convida  
Á festines de amor, y nos ofrece  
La copa del placer apetecida.

El alma se dilata y se estremece;  
 Palpa la realidad, rásgase el velo...  
 Y toda la ilusion desaparece.

Entonces llega el matador recelo;  
 Entonces llega la inquietud sombría,  
 Y llegan el dolor y el desconsuelo.

Y lento llega y perezoso un día,  
 Y otro día también; y todo llega  
 Sin término poner á su agonía.

El amor engañado se replega;  
 Crece la flor de los recuerdos triste,  
 Porque con tristes lágrimas se riega.

Si lozano el espíritu resiste,  
 En vano intenta renovar la vida  
 Dentro de un corazón que ya no existe.

Así felicidad la más querida,  
 La que fuera la luz de la existencia  
 Es de nosotros mismos homicida.

¡Infalible verdad! ¡Triste experiencia!  
 ¡Quién pudiera trocar todos sus años  
 Por unas breves horas de inocencia!

¿Y por qué á la virtud somos extraños?  
 ¿No es la virtud la amiga bienhechora  
 Que evita dolorosos desengaños?

¿No consuela el dolor que nos devora?  
Si llora con nosotros... ¡qué dulzura  
No derrama en las lágrimas que llora!

Mágica luz de nuestra vida oscura,  
Destello tibio, misterioso y santo,  
Que sigue al sol de la inocencia pura.

Ella nos cubre con su hermoso manto;  
Ella el afán mitiga y el desvelo;  
Ella nos presta inagotable encanto.

Ella, que es inmortal, porque es del cielo,  
Cuando á morir la muerte nos inclina,  
Nos llena de esperanza y de consuelo.

Siempre á la par de nuestro bien camina,  
Y despues de esta vida transitoria,  
Sobre nuestro sepulcro se reclina.

Ella llena de luz nuestra memoria:  
Ella en brillantes páginas escribe  
De la vida fugaz la breve historia,

Y solo ¡oh Dios! para nosotros vive:  
Y solo, solo con cuidados paga  
Los muchos desengaños que recibe.

¡Quién no será feliz si ella lo halaga!  
¿Dónde se halla el placer, dó la ventura,  
Que como la virtud nos satisfaga?

Virtud, santa virtud, tu llama pura  
Alumbra con sus vívidos fulgores  
La triste imágen de mi vida oscura.

Tú sabes mitigar mis sinsabores,  
Tú, y el recuerdo de la edad primera,  
Fanal que guarda deliciosas flores.

Aurora de tranquila primavera,  
Sonrisa del placer mas inocente,  
Que fuera nuestro bien si eterna fuera.

Entonces que la vida dulcemente,  
Al torpe engaño y la ambicion extraña,  
La mansa paz de la inocencia siente;

Entonces que al espíritu no engaña  
El afán de la vida, ni el tormento  
De la envidia maléfica le daña;

Entonces que discurre el pensamiento  
Por campos en verdura siempre iguales  
Sin pena, ni temor, ni sentimiento;

Entonces que los labios virginales  
Recogen con espléndida dulzura  
La pasión de los besos maternos,

Y el alma coronada de hermosura  
Entre Dios y los hombres se levanta,  
Emblema hermoso de inocencia pura.

Inocencia feliz que nos encanta,  
 Virtud que á ser felices nos enseña  
 Y al bien dirige nuestra torpe planta.

Flores ¡oh Dios! que en destrozar se empeña  
 El revuelto tropel de las pasiones  
 Por donde nuestra vida se despeña.

Los grandes y valientes corazones  
 Á la virtud y á la inocencia fian  
 Sus castas y profundas ilusiones.

Que la virtud y la inocencia envian  
 Consuelo al mal y luz á la ignorancia  
 De los que á su grandeza se confian.

Llenos de vuestra tímida fragancia,  
 Venid á perfumar mi pensamiento,  
 Dulcísimos recuerdos de la infancia.

Virtud, dame tu fé, dame tu aliento;  
 Olvida mis pasados desvarios;  
 Brille en mi corazon tu sentimiento;  
 Brille en mi vida, y en los versos míos!

Abril.—1849.

## AMOR DEL POETA.

¿No conocéis á Laura? ¿No habeis visto  
La dulce risa de sus labios rojos,  
Ni la tierna inquietud con que dilata  
La luz fecunda de sus negros ojos?  
Su semblante es de amor; en él retrata  
La fé de su ternura,  
Tiene de paz y bien el alma llena;  
Pálida es su hermosura,  
Pero es la palidez de la azucena.

En su talle gentil halló la rosa  
La casta languidez con que se mueve,  
Y la blancura hermosa  
Copió en su seno la preciada nieve:  
El aura cariñosa  
Recogió de su aliento  
Los vuelos apacibles y suaves,

Y al escuchar su acento  
 Trinar supieron las pintadas aves.  
 Tan pálida y tan bella,  
 Sus gracias todas le prestó la aurora.  
 Rien las flores al mirarlas ella;  
 Y con dulce armonia  
 La fuente gime cuando Laura llora.  
 Su cándida alegría  
 Es el nacer del sol; si mira triste,  
 Es la tristeza con que muere el dia.  
 Rasgando el manto de la nube oscuro,  
 No es mas bello el azul del firmamento.  
 Su corazon es puro;  
 Como su corazon su pensamiento.

¿Y no la conoceis? ¿No habeis sentido  
 El suspiro doliente  
 De sus hermosos labios desprendido?  
 ¿La esperanza jamás os la fingia?  
 ¿Y en el sueño de amor mas inocente  
 No la pudo entrever la fantasia?  
 ¿Y en apacible calma  
 Llenos de amor sentís los corazones,  
 Y guardais en el alma  
 Profundas y queridas ilusiones?...

Á mí se apareció; la infancia apenas  
 Me regalaba hermosas  
 Sus últimas coronas de azucenas,  
 Sus ya pálidas rosas.  
 Y yo la ví: mi corazon temblaba

Al sol de sus miradas cariñosas;  
 Llena de luz y de hermosura estaba.  
 Sobre mí se inclinó, besó mi frente;  
 En ella dejó escrito  
 El sello de un afán puro y ardiente,  
 El germen de un amor que es infinito.

Después huyó. Y desde entonces siento  
 De su casta hermosura  
 El corazón sediento;  
 En los misterios de la noche oscura  
 La escucho suspirar; ~~como~~ sombra lejana  
 Por el bosque sombrío  
 Me la finge la luz de la mañana;  
 Búscala ansioso el pensamiento mío  
 Por la verde pradera,  
 Por la margen del río,  
 Cuando la tarde tímida y ligera  
 Lluve sobre las flores su rocío.  
 Vive en mi corazón, vive en mi vida;  
 Mis penas desvanece,  
 A tan profundo amor agradecida,  
 Y calma mi desvelo;  
 Si a mis inquietos ojos comparece,  
 Su blanca mano me señala el cielo,  
 Y rápida otra vez desaparece.

El fuego de su lánguida belleza  
 Derrama en mis ensueños un tesoro  
 De ternura y grandeza,

De armonias, perfumes y colores;  
Cielos azules recamados de oro,  
Campos cubiertos de lozanas flores.

Vision consoladora,  
Manantial de mis dulces alegrías,  
Estrella bienhechora,  
Luz que ilumina mis oscuros días...  
¡Qué fuera yo sin tí!... Planta sin fruto,  
Nebulosa mañana,  
Corazon lleno de amargura y luto,  
Hijo infeliz de la miseria humana.

---

## Á LA PRIMAVERA.

Huyó por fin el perezoso invierno:  
Las pardas nubes que apiñadas antes  
Coronaban los turbios horizontes  
En gigantescas masas divididas,  
Disipándose van. Ya no se escucha  
Mugir soberbio en las quebradas rocas,  
Ni trémulo azotar las ramas secas,  
Al ábrego sañudo; ni á su empuje  
Rechinando girar en la alta torre  
La atrevida veleta. Leves giran  
Por el tranquilo azul del firmamento  
Tímidas bandas de fugaz blancura,

Recamadas de púrpura y de oro.  
 Con ellas ciñe virginal la aurora  
 Sus contornos de luz cuando en Oriente  
 Al mundo anuncia la feliz mañana,  
 Y el mundo todo de placer sonrie.

Portadora de dulces armonias,  
 El aura en fácil y apacible vuelo  
 Sus alas tiende, y bulliciosa mide  
 De la ancha vega la llanura hermosa,  
 Y todo al soplo de su amor verdea.  
 En risueña cascada se desprende  
 Del alto monte el saltador arroyo  
 Y al prado llega y lo fecunda y baña:  
 Y ora entre juncos murmurando corre,  
 Ora en remansos por correr se inquieta,  
 Ora su dócil curso prosiguiendo,  
 Las caprichosas márgenes matiza  
 De tiernas flores que á su paso brotan,  
 Y al dulce influjo de su aliento crecen.

Y pomposa la vid, fresca y lozana,  
 Del olmo ciñe el corpulento tronco,  
 Trepa á sus ramas y en la altiva copa  
 Briosa muestra su naciente fruto.  
 Riza sus ondas sin descanso el rio,  
 Doblan su tallo las esbeltas cañas;  
 El les da perlas de su rica espuma,  
 Y ellas temblando de placer suspiran;  
 Y en dulces besos y sentidos ayes

Sus dichas cantan y su amor le dicen.  
 Todos cubiertós de riqueza y gala,  
 Pródigos de perfumes, á lo lejos  
 Formando bosques, los naranjos tienden  
 Sus verdes ramos, de azahar vestido  
 El dulce fruto de color de oro.

Y las aves en tanto ya se ocultan  
 En el follaje oscuro, ya ligeras  
 Con vuelo desigual cortan el viento,  
 Ya, caprichosos círculos formando,  
 Lucen sus alas de brillantes plumas,  
 Lucen su voz en armoniosos trinos.  
 Naturaleza toda se levanta  
 Fecunda en flores, de perfumes llena  
 Y respirando amor. Abre el tesoro  
 De sus inmensos bienes, y afanosa,  
 Como tributo de su amor, lo ofrece  
 Al apacible cielo que la admira,  
 Al encendido sol que la fecunda.  
 Lo mismo que en la edad de la inocencia,  
 Por deliciosos sueños de esperanza  
 Atraviesan risueñas ilusiones;  
 Asi en el campo de colores lleno  
 Ahora se siente resbalar tranquilo,  
 Brillante y claro el bullicioso dia,  
 Tibias y castas las serenas noches,  
 Dulces las horas.

Primavera hermosa,

Primavera feliz, ¡bendita seas!  
 Don celestial, magnífico presente.  
 Estacion de los dulces pensamientos,  
 Estacion del amor. Harto cansada  
 De las pálidas horas del invierno  
 El alma te esperó. Tu influjo blando  
 Despierta al triste corazon dormido  
 En el sueño mortal de sus pesares.  
 Renacen ¡ay! como tus bellas flores  
 Las bellas esperanzas. La alegría  
 Brota del blando sol de tus mañanas,  
 Y es preciso olvidar. No mas recuerdos  
 De penosa inquietud. ¿Acaso solo  
 Es patrimonio de la vida el llanto?  
 ¿Quien las penas nos dió, no dió el consuelo?  
 Renace, corazon, olvida y vive;  
 Puedes amar tambien; naturaleza  
 Tiene templos de amor, y en sus altares  
 El alma del pesar se purifica.  
 ¡Cuán dulce y perfumado el pensamiento  
 Vuela en las brisas, y en las flores bebe  
 Misterios infinitos de ternura!...  
 Sé bien venida, primavera hermosa;  
 Primavera feliz, ¡bendita seas!

Setiembre.—1849.

---

## LA NIEBLA.

En buen hora vayas tú,  
Mansa niebla fugitiva,  
Con los bellos tornasoles  
Que tu transparencia cria,

Con los tímidos reflejos  
Con que la aurora matiza  
La caprichosa inquietud  
De tus formas infinitas.

En buen hora vayas, niebla,  
Agitada y suspendida  
Por los vuelos cariñosos  
De la perfumada brisa;

Y trémula y afanosa,  
Ya súbito dresprendida  
Finjas sobre el ancho mar  
Ténues bandas amarillas;

Ó ya en sueltos pabellones,  
Vagando leve y tranquila,  
De púrpura, nácar y oro  
Lujosamente te vistas,

Ó ya en revuelto tropel  
Mal de tu grado indecisa,  
Espiral incomprensible  
Y maravillosa finjas:

Ó ya del viento acosada,  
Y por el mismo tendida  
Beses el cáliz pintado  
De las tiernas florecillas;

Ó mansamente agitada  
El vuelo del aura sigas,  
Y del bosque gemidor  
Los anchos contornos ciñas;

Ó ya alzándote orgullosa  
Desde la pradera umbria,  
Flotante penacho imites  
Sobre la roca vecina.

En buen hora, mansa niebla,  
 Tu inquieto camino sigas,  
 Mis ojos te seguirán  
 Mientras te alcance la vista.

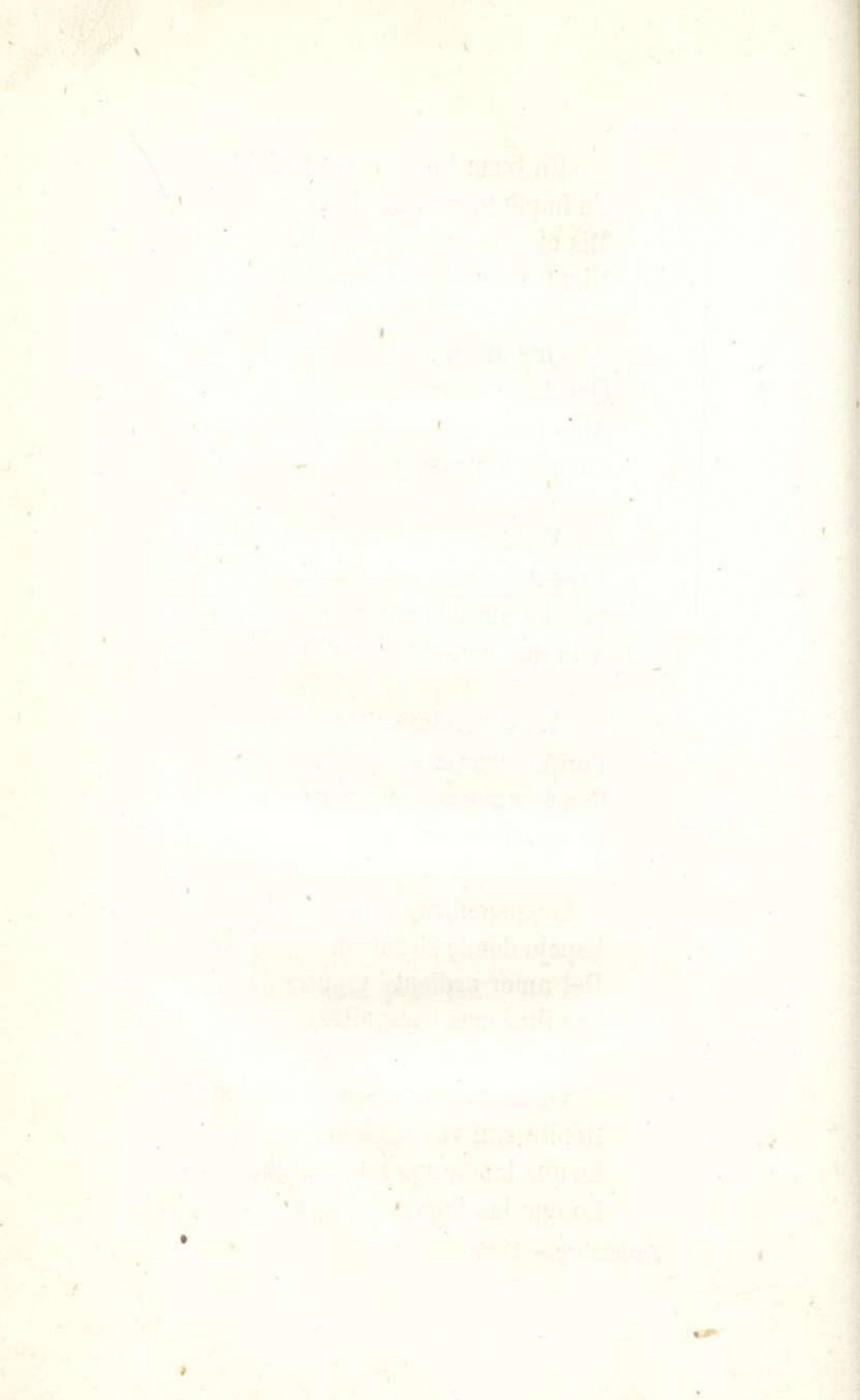
Que ese misterioso vuelo  
 Que tu existencia fatiga,  
 Algo para el alma tiene  
 Cuando logra seducirla.

Y tal vez, tal vez ¡oh niebla!  
 Eres del alma querida,  
 Porque nuestro corazón  
 A lo que cambia se inclina.

Y así te adora y te sigue  
 Porque compara tu vida  
 Con la amorosa inquietud  
 De sus dulces alegrías.

Leve sombra de la aurora,  
 Espejo donde se miran  
 Del amor ardiente y puro  
 Las ilusiones tranquilas...

Vuela en paz; y en la alta cumbre  
 Repite con voz sentida  
 Lo que las aguas murmuran,  
 Lo que las flores suspiran.



## EL CÉFIRO Y UNA FLOR.

Era una flor: dulcísimo tesoro  
De cándida hermosura:  
Sus hojas blancas, su boton de oro,  
Su tallo dócil y su esencia pura.  
Era la flor mas bella  
Que nace con el dia.  
El céfiro, volando en torno de ella,  
Murmuraba y decia:  
—«Preciada estás ¡oh flor! de ser hermosa  
Y tu altivez por eso  
Esquiva desdeñosa  
El tierno cáliz á mi dulce beso.

¡Tu orgullo es necio, tu altivez es vana!  
 Si del alba naciste  
 Yo nací del amor de la mañana.  
 Eres hermosa, pero vives triste.  
 Hoy vengo todo de perfumes lleno,  
 Y entre todas te elijo;  
 Tus hojas abre y dormiré en tu seno.»

Le oyó la flor, y suspiró y le dijo:  
 —«Preciado está el sultan de su grandeza.  
 Qué flor esquivaría  
 El tesoro feliz de su riqueza!...  
 Dame, pues, tu armonia,  
 Tus suspiros suaves;  
 Pero tu beso... no... me desharía »  
 —«¡Solo suspiros quieres!  
 ¿Acaso tú no sabes  
 Que yo traigo en mis alas los placeres?  
 Los besos son mis esquisitos dones,  
 Que yo soy el amor.»— Y en vuelo blando  
 Casi á besarla alcanza.  
 Trémula y suspirando,  
 —«Ay... que mis hojas son las ilusiones,  
 La flor le contestó: soy la esperanza »

## EL AMOR Y EL OLVIDO.

Hija querida de la dulce aurora,  
Pura como sus tímidos fulgores,  
Entre infinitas y galanas flores  
Una mas bella acariciaba Flora.

Alzábase la flor encantadora,  
Y creciendo en bellísimos colores,  
Mostraba su ternura á los favores  
Del solícito afan de su señora.

Flora halló una mañana carcomido  
El hermoso boton, y en él escrita  
La huella de un gusano maldecido.

—«Tú eres la rosa del amor bendita,  
Y ese gusano ruin es el olvido.»  
Dijo, y lloró sobre la flor marchita.

Setiembre.—1849

---

## LA INOCENCIA.

Corre manso y suave  
Arroyo cristalino,  
Espejo solitario  
Entre flores perdido;

Tan claro y tan hermoso,  
Y tan puro y tan tímido,  
Como el alma inocente  
Del inocente niño.

Tus márgenes fecundas  
A tu influjo benigno  
Coronadas se ostentan  
De pomposos jacintos;

Dobléganse los tallos  
Trémulos, indecisos,  
Y en tu corriente flotan  
Capullos infinitos.

Rosas, nardos, laureles,  
Entrelazados mirtos,  
Cándidas azucenas  
Y violetas y lirios,

Sobre el borde asomados  
De tu raudal tranquilo,  
Tu corriente matizan  
De colores distintos.

El aura de quien eres  
Amado y bendecido,  
Te besa, y al besarte  
Se lleva tus suspiros.

Las aves en tus ondas  
Dan á sus plumas brillo;  
Solícitas las beben  
Para endulzar sus trinos.

¿Quién eres, manso arroyo?  
¿Qué poderoso filtro  
Te da tanta pureza,  
Te da tantos hechizos?

Asi Lálage un dia,  
La de mirar divino,  
La de la tez de rosa,  
La de los blondos rizos,

Siguiendo del arroyo  
Los caprichosos giros,  
Le hablaba y le decia  
Con sin igual cariño.

Mas una voz tan dulce  
Como es dulce un suspiro,  
Gimiendo entre la espuma,  
—«Es la inocencia,» dijo.

Y desde entonces Lálage,  
Con afan infinito,  
Baña sus labios puros  
En el raudal tranquilo.

Setiembre. — 1849.



## EL LAUREL.

Naciendo la mañana, alzabase pomposo  
Con noble gentileza magnífico laurel;  
Y dicen que la aurora al verlo tan hermoso,  
Suspiró de contento y enamoróse de él.

Blandió el laurel sus tallos con arrogante brio,  
Y cuando al cielo altiva la frente levantó,  
Cayó sobre sus hojas tal lluvia de rocío,  
Que al ímpetu doblóse y de placer gimió.

La brisa en tal momento, meciéndose ligera  
En los espesos ramos, le dijo al resbalar:  
—«Soy de de la reina aurora la esclava mensajera:  
Oye lo que en su nombre te vengo á confiar.

»Tu majestad brillante, tu juventud preciada,  
 El lujo de tus hojas, tu espléndido verdor,  
 La tienen por tu dicha de amor enajenada;  
 Yo traigo en mis suspiros las prendas de su amor.

»Y porque siempre viva y eterna en tu memoria  
 De su cariño tierno la gracia celestial,  
 Serás entre los hombres un símbolo de gloria,  
 La frente que tú ciñas también será inmortal.»

Dijo, y en vuelo fácil, inquieta y bullidora,  
 Hacia el rosado Oriente sus alas dirigió:  
 Cayeron nuevas perlas del manto de la aurora;  
 Se alzó el laurel de nuevo y el sol lo iluminó.

Setiembre.—1849.

## LAS AZUCENAS.

Un cefirillo jóven,  
Fresco y donoso,  
Quejábase una tarde  
Triste y lloroso.  
Toda su pena  
Era el estar prendado  
De una azucena.  
Llevábale en sus alas  
Perlas del río,

Deliciosos murmullos,  
Fresco rocío.  
Á tantos bienes  
La ingrata respondia  
Solo desdenes.

Él, ciego de cariño,  
Por ablandarla,  
Por si rendirla puede,  
Quiso cantarla;  
Y en dulce acento  
Suspiró de este modo  
Su sentimiento:

—«Tu pálida belleza,  
Blanca y querida,  
Es, azucena hermosa,  
Luz de mi vida;  
Pero me mata  
Esa misma hermosura  
Si eres ingrata.»

Oyendo en dulce acento  
Tales congojas,  
Abrió tímidamente  
La flor sus hojas;  
Y á verlo alcanza  
Puro como los sueños  
De la esperanza.

Dióle su amor al punto;  
Y en su hermosura  
Halló el céfiro amante  
De gracia pura.  
Tanta riqueza,  
Que fué el amor de entrambos  
Todo pureza.

Y por eso en sus trinos  
Siempre suaves,  
Por los tendidos prados  
Cantan las aves:  
—«De aromas llenas,  
Son las flores mas puras  
Las azucenas.»

Setiembre.—1849.

---

...the ...  
...the ...  
...the ...  
...the ...  
...the ...

...the ...  
...the ...  
...the ...  
...the ...  
...the ...  
...the ...

...the ...

## LA CARIDAD Y LA GRATITUD.

Si me presta sus favores  
Precisa y fiel la memoria,  
Voy á contaros la historia  
De un arroyo y de unas flores.

Recuerdo que la leí,  
Y ganó mi corazon;  
Pero prestadme atencion:  
La historia comienza asi.

Por la rápida pendiente  
De una montaña sombría,  
Un débil arroyo huía  
De la furia de un torrente.

Despeñábase violento,  
Y con rapidez tan suma,  
Que convertido en espuma  
Iba en las alas del viento.

De tan penoso camino  
El pobre arroyo cansado,  
Llegó á la márgen de un prado  
De la montaña vecino,

Donde en diversos colores  
Alzando sus sueltos talles,  
Formaban listas y calles,  
Mirtos, laureles y flores.

Y allí su planta ligera  
Detuvo, formó un remanso,  
Y apenas tomó descanso,  
Murmuró de esta manera:

—«¡Triste de mí! mal intento  
Salvar mi clara corriente...  
Es poderoso el torrente,  
Y sigue audaz y violento.

»Y entre sus ondas oscuras,  
Por breñas y peñascales,  
Turbios irán mis cristales,  
Perdidas sus ondas puras.

»En vano de la montaña  
 Abandono el seno inculto...  
 ¡En dónde, en dónde me oculto  
 De su poderosa saña!»

Calló el arroyo y sentido,  
 Dice la historia, y pausado,  
 Por los recintos del prado  
 Se oyó volar un gemido.

Y al soplo del aura fieles,  
 Doblando los sueltos talles,  
 Abrieron sus mansas calles  
 Mirtos, flores y laureles.

Y por callar el dolor  
 Del arroyo y las congojas,  
 Unieron sus verdes hojas  
 Para ocultarlo mejor.

Él, viendo tales favores,  
 Y llorando de ternura,  
 Se ocultó entre la espesura  
 Que le formaron las flores.

Y por si el eco le asombra,  
 Cuando silencio reclama,  
 Se tendió la verde grama  
 Para servirle de alfombra.

Así el arroyo callado  
 Salvó su clara corriente  
 De la furia del torrente  
 Entre las flores del prado.

Aquí, sin que la fatigue,  
 Recuerda bien mi memoria  
 Que haciendo punto la historia  
 De esta manera prosigue.

Viéronse desde este día  
 Á las bienhechoras flores  
 Lucir mas bellos colores,  
 Mas pomposa lozania.

Tan ricas y tan hermosas  
 Eran, y tanto admiraban,  
 Que de muy lejos llegaban  
 Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido  
 Tanta gala y hermosura?  
 La gratitud tierna y pura  
 Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería  
 Su corriente tan serena;  
 Y ellas murieran de pena  
 Sin su dulce compañía.

## LA ALONDRA.

Cuentan, y es positivo,  
Que allá en tiempos mejores  
Y en su idioma nativo  
Solían hablar las aves con las flores.  
De la misma manera,  
Con acentos suaves  
Y con voz hechicera,  
Hablarian las flores con las aves.

Ello es que una mañana,  
Mañana deliciosa

Vestida de oro, de jazmin y grana,  
 Al pié de cierta fuente cariñosa,  
 Dando al sol sus colores  
 Y á los vientos su esencia,  
 Trataban varias flores  
 Un asunto muy grave;  
 Pues aunque les sobraba inteligencia,  
 Ninguna atina ni explicarlo sabe.

Confusas las traia  
 Ver á la alondra en afanoso vuelo,  
 Al empezar la luz de cada dia,  
 Remontarse hasta el cielo,  
 Cantar con misteriosa melodia  
 Y pronta y breve descender al suelo.  
 Y mas las admiraba,  
 Que haciendo altiva de su pluma alarde,  
 De nuevo se elevaba  
 Al espirar la luz de cada tarde.

Despues de muy diversos pareceres,  
 Estas flores hermosas,  
 Que hermanas deben ser de las mujeres  
 Y como las mujeres ser curiosas:  
 En asunto tan sério,  
 Conformes decretaron  
 El modo de saber aquel misterio;  
 Y asi determinaron  
 Que la ocasion primera y oportuna  
 Al fin se aprovechara;

Y señalaron una  
Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecian sus capullos rojos,  
Medio dormidos en sus hojas bellas,  
Cuando vieron venir por los rastrojos  
La dulce alondra encaminada á ellas.

Y en el momento una  
Fresca y brillante rosa,  
Blanca como los rayos de la luna,  
Le dijo cariñosa:

-- «Es inmensa fortuna  
Tener en plumas las vistosas galas  
Y levantarse al cielo  
Al manso impulso de las sueltas alas.  
Tú en envidiable vuelo,  
Del espacio señora,  
Te levantas y subes  
Al espirar la tarde, y con la aurora,  
Á las altas regiones de las nubes.  
Dinos, alondra leve,  
¿Qué misterioso encanto  
Tus mansas alas mueve?  
¿Qué nos revela allí tu dulce canto?»

Sonrióse la alondra (y ya se sabe  
Cómo se puede sonreir un ave),  
Y saltando ligera,  
Con ademán inquieto,  
Corriendo la extension de la pradera,

Depositó en las flores su secreto.  
 Y las flores temblaron,  
 Y frescas y lozanas  
 Jamás este secreto revelaron,  
 No igualándose en esto á sus hermanas.  
 Mas desde entonces al nacer el día,  
 Y de la tarde al esparcirse el velo,  
 Las flores con dulcísima alegría  
 Las frentes alzan contemplando el cielo.

Setiembre.—1849.

## LAGRIMAS FECUNDAS.

Una diamela cándida  
Y un nardo dulce y tierno  
Cariñosos amábanse  
Con el afan eterno,  
Con el afan dulcísimo  
Del verdadero amor.

Murió la amante tímida;  
Lloro el nardo su pena...  
Y al riego de sus lágrimas  
La siempreviva amena  
Sobre la flor exánime  
Dejó crecer su flor.



## MISTERIOS DE UNA PASIONARIA.

### I.

Tan leve como un suspiro,  
Apacible como el aura,  
De azul y carmin y oro  
Enriquecidas las alas,  
Una bella mariposa  
Inquieta y fácil volaba.  
Por verla mejor la fuente  
Detiene sus ondas claras,  
Y por besarla las flores  
Afanosas se levantan.  
Ella su vuelo siguiendo  
Ni se agita ni se cansa,  
Y ya entre las flores vuela,

Ya se detiene en las aguas,  
 Y de la pradera al bosque  
 Huye, vuela, gira, pasa,  
 Torna de nuevo, y de nuevo  
 Se pierde en las verdes ramas.

## II.

Entre los brazos de un sauce  
 Dulcemente reclinada,  
 Tiende sus hermosos tallos  
 Una fresca pasionaria;  
 Y de la flor misteriosa  
 Las verdes hojas lozanas,  
 Ciñen el cáliz oculto  
 Y pudorosas le abrazan,  
 Dejando entrever suave,  
 Ligeramente rizada,  
 Del boton maravilloso  
 La recogida guirnalda.  
 Un suspiro incompensible  
 En torno de ella se exhala;  
 Y ora tímida se inclina,  
 Ora modesta se alza.  
 En tanto gimen las flores,  
 Suspira invisible el aura,  
 Trinan inquietas las aves,  
 Corre murmurando el agua.

## III.

Mirando á la mariposa  
Cómo por volar se afana,  
Suspira tímidamente  
La modesta pasionaria;  
Y al sentir que el manso vuelo  
Por sus pétalos resbala,  
Con solícita ternura  
Sus verdes hojas dilata;  
Y entonces la mariposa,  
Trémula, impaciente y casta,  
En su regalado seno  
Plegó las lujosas galas.  
Tendía por Occidente  
La tarde tímida y mansa  
Su régio manto de oro,  
Su tibio encaje de nácar;  
Y en reposado silencio  
Flores, aves, fuentes y auras,  
Ven el sol cómo se oculta  
Tras las vecinas montañas;  
Y sigue la mariposa  
Prendida á la pasionaria,  
Como el amor á la vida  
Y como al amor el alma;  
Y lo mismo que la tarde  
Su vivo color apaga,  
Se vé que la mariposa

Pierde el matiz de sus alas;  
 Y el bello carmin, y el oro,  
 Y el azul brillante cambian  
 En esa tinta ligera  
 Que anuncia la luz del alba;  
 Y alzándose lentamente  
 El sauce pomposo salva,  
 Y de sus vanos colores  
 Y su afan purificada,  
 Piérdese en los altos cielos  
 Donde la vista no alcanza.

Muere el sol en Occidente,  
 Dóblase la pasionaria,  
 Tornan á gemir las flores,  
 Vuelve á suspirar el aura;  
 Las aves trinan de nuevo,  
 Sigue murmurando el agua.

Setiembre.—1849.

## LA MODESTIA.

Por las flores proclamado  
Rey de una hermosa pradera,  
Un clavel afortunado  
Dió principio á su reinado  
Al nacer la primavera.

Con majestad soberana  
Llevaba y con noble brio  
El régio manto de grana,  
Y sobre la frente ufana  
La corona de rocío.

Su comitiva de honor  
Mandaba, por ser costumbre,  
El céfiro volador,  
Y habia en su servidumbre  
Yerbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,  
Porque tambien era uso,  
Quiso una flor para esposa;  
Y régiamente dispuso  
Elegir la mas hermosa.

Como era costumbre y ley,  
Y porque causa delicia  
En la numerosa grey,  
Pronto corrió la noticia  
Por los estados del rey.

Y en revuelta actividad,  
Cada flor abre el arcano  
De su fecunda beldad,  
Por prender la voluntad  
Del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas  
Engalanarse se vian  
Con harta envidia, dispuestas  
Á ver las solemnes fiestas  
Que celebrarse debian.

Lujosa la córte brilla,  
 El rey admirado duda,  
 Cuando ocultarse sencilla  
 Vió una tierna florecilla  
 Entre la yerba menuda.

Y por si el régio esplendor  
 De su corona le inquieta,  
 Pregúntale con amor:  
 —«¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»  
 Dijo temblando la flor.

—«¿Y te ocultas cuidadosa,  
 Y no luces tus colores,  
 Violeta dulce y medrosa,  
 Hoy que entre todas las flores  
 Vá el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,  
 Aunque llena de placer,  
 Suspiró y dijo:—«Señor,  
 Yo no puedo merecer  
 Tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira  
 Y se inclina dulcemente;  
 Tanta modestia le admira;  
 Su blanda esencia respira,  
 Y dice alzando la frente:

—«Me depara mi ventura  
Esposa noble y apuesta;  
Sepa, si alguno murmura,  
Que la mejor hermosura  
Es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa  
Publicó en forma de ley,  
Con voz dulce y melodiosa,  
Que la violeta es la esposa  
Elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas;  
Ambos esposos se dieron  
Pruebas de amor manifiestas;  
Y en aquel reinado fueron  
Todas las flores modestas.

Setiembre.—1849.

---

CELOS.



Preguntábase inocente  
Una flor con triste calma:  
—«¿Qué es lo que siento en el alma?»  
—«Celos,» le dijo una fuente.  
Inclinó la flor su frente  
Y lloró amargos recelos;  
Después mirando á los cielos  
Exclamó con voz sentida:  
—«Si me dá el amor la vida,  
¿Por qué me matan los celos?»

Octubre. — 1849.



## LO QUE SON LAS MARIPOSAS.

Del tallo de una rosa,  
Pálida por la edad, otra se alzaba  
Inocente y hermosa,  
Abriendo apenas el gentil capullo,  
Y mientras que su madre la miraba  
Con tierno afán y maternal orgullo,  
La hija preguntaba:  
—«Decidme, madre mía,  
Esas fantasmas breves  
De nácar y bellísimos colores,  
Que, volando con tímida alegría,  
Fugitivas y leves  
Se agitan con las flores,  
Pasan del bosque á la pradera umbria,  
De la enramada cruzan á la fuente;  
Que vienen cada día  
Y acarician mi frente,

Y como el aire blando  
 Me besan con sus alas dulcemente;  
 Y siempre presurosas,  
 Huyen, vuelven, se van siempre volando...  
 ¿Es verdad que me aman?  
 ¿Y no es verdad tambien que son hermosas?  
 ¿Por qué las quiero yo? ¿Cómo se llaman?»  
 —«Se llaman mariposas,»  
 Dijo la madre, y la estrechó en sus brazos.  
 —«¡Qué inocentes! ¡Qué bellas!  
 Romped, romped estos estrechos lazos,  
 Y dadme alas volaré con ellas.»  
 —«¿Tu infantil alegría,  
 Tu virginal y cándida hermosura  
 Tal vez me dejaria  
 Sola con mi inquietud y mi ternura?»  
 —«¿Pues qué son mariposas, madre mia?»  
 —«De hermosura cubiertas,  
 Felices y lozanas,  
 Son almas, hija, de las flores muertas,  
 Que vienen á velar por sus hermanas.»

Dos mañanas despues, la jóven rosa  
 Huérfana se veia;  
 Y al beso de una blanca mariposa  
 Sus Pétalos abria,  
 Exclamando afanosa:  
 —«Velad, velad por mí, ¡oh madre mia!»

Octubre. —1849.

## EL SAUCE Y EL CIPRÉS.

Cuando á las puertas de la noche umbria,  
Dejando el prado y la floresta amena,  
La tarde melancólica y serena  
Su misterioso manto recogia;

Un macilento sauce se mecia  
Por dar alivio á su constance pena,  
Y en voz suave y de suspiros llena  
Al son del viento murmurar se oia:

—«¡Triste nací!... mas en el mundo moran  
Seres felices, que el penoso duelo,  
Y el llanto oculto, y la tristeza ignoran!»

Dijo, y sus ramas esparció en el suelo.  
—«Dichosos ¡ay! los que en la tierra lloran,»  
Le contestó un ciprés, mirando al cielo.

Octubre. —1849.

## LA LISONJERA.

Las auras leves,  
En vuelo blando,  
Van suspirando  
De flor en flor.

—«¡Quién lo diría!  
¡Quién lo creyera!  
La lisonjera  
Muere de amor:

»Sus mansas hojas,  
Rico tesoro  
De lila y oro,  
Mustias estan.

»Dobla la frente,  
Trémula gira,  
Triste suspira.  
Hondo es su afan.

»Ella que en prendas  
De sus amores,  
Entre favores  
Puso el desden;

»Ella que ha visto  
Tantos amantes,  
Sin que inconstantes  
Penas les den.

»La bulliciosa,  
Del amor dueña,  
La flor risueña,  
La alegre flor;

»La que prestaba  
Su amor á un ruego:  
Su amor... y luego  
Su desamor.

»La que al arroyo  
Que la servia,  
Amor mentia  
Harto cruel.

»Por ella un nardo  
Tuvo desvelos,  
Y amargos celos

Lloró un clavel.

»La flor ingrata,  
La flor hermosa,  
La veleidosa  
Ahora mirad.

»Ningun consuelo  
Su afan mitiga;  
Amor castiga  
Su veleidad.

»Esos suspiros  
Tristes y lentos,  
Son los lamentos  
De su dolor.

»Oidme, flores,  
¡Quién lo creyera!  
La lisonjera  
Muere de amor.»

Octubre.—1849.



## LA FLOR DE LA MARAVILLA.

La hermosísima pastora  
De la vecina majada,  
Tan gentil y encantadora,  
Dicen que está enamorada.  
Y ello es tanto,  
Que ya su faz palidece,  
Ó el encanto  
De paz en su frente brilla...  
¡Ay!... la pastora parece  
La flor de la maravilla.

Cuando despierta la aurora  
Alegre respira y canta,  
Mas triste suspira y llora  
Si la tarde se adelanta.

¿Quién la llena,  
 Ya de placer y de encanto,  
 Ya de pena?  
 Pastora blanca y sencilla...  
 Cuánto te parece, cuánto,  
 La flor de la maravilla.

Todas las flores la miran,  
 Porque inocentes la adoran;  
 Y si ella canta, suspiran;  
 Pero cuando llora, lloran.

Y mirando,  
 Ya palidez, ya colores,  
 Ir pasando  
 Por su cándida mejilla,  
 Llámamla todas las flores  
 La flor de la maravilla.

Hoy al espirar el día  
 Por entre las flores bellas  
 Pasó, y alegre venia;  
 Mas no se detuvo en ellas.  
 Y una rosa,  
 De cien claveles amada  
 Por lo hermosa,  
 Exclamó con fé sencilla:  
 —«¿Sabeis?... Está enamorada  
 La flor de la maravilla.»

## EL GALAN DE NOCHE.

Era un galan bello, y era  
Su dulce madre una fuente:  
Suspirando tristemente  
Hablaban de esta manera.

—¿Estás triste?

—¡Oh madre mia!

—¡Suspiras tanto!

—¡Ay de mí!

—¿Quién te dá penas?

—El dia.

—¿Te gusta la noche?

—Sí.

—¿Pasas el día...

—Llorando.

—¿De tristeza?

—De dolor.

—¿Pasas la noche...

—Velando.

—Hijo, ¿qué tienes?

—Amor.

—¿Sin consuelo?

—Sin consuelo.

—¿Y sin esperanza?

—Alguna.

—¿Adónde miras?

—Al cielo.

—¿Quién es tu vida?

—La luna.

—Cuando la ves ¿te da pena?

—Lleno de placer suspiro.

—¿Te mira dulce y serena?

—Me mira mucho y la miro.

—Quién calma, si se detiene,

Tu amoroso devaneo?

—La ven mis ojos si viene,

Si no, la vé mi deseo.

—Ese amor es desvario

Y nadie amó de esa suerte;

Porque ese amor, hijo mio,

Lleva en sus ansias la muerte.

—¡La muerte! dulce alegría,  
Única esperanza bella;  
En muriendo, madre mia,  
Subiré á vivir con ella.

Inquieta gimió la fuente;  
Bendiciendo su fortuna,  
Levantó el galan la frente  
Y apareció por Oriente  
Melancólica la luna.

Octubre. — 1849.



## LAS DOS CAMELIAS.

Tú sabes, Circe mia,  
Que tus hermanas las hermosas flores,  
Aunque parecen llenas de alegría,  
De esperanza y de amores,  
Tienen tambien sus horas de agonía  
Y de pena cruel y sinsabores;  
Y sabes quepreciadas  
Hay flores vanidosas,  
Y que hay flores tambien desventuradas,  
Que no es el solo bien el ser hermosas.

Quiérote decir esto, Circe bella...  
Mas una historia escucha,  
Que á contarte me obligo;

Y si piensas en ella,  
Comprenderás muy bien por qué lo digo.

En la bordada orilla  
De un manso y melancólico arroyuelo,  
Brillaba con lujosa maravilla  
Una camelia pura,  
Delicioso modelo  
De fresca juventud y de hermosura.

De su tallo arrancada,  
Y en la margen amena  
Marchita y deshojada,  
Otra camelia ¡ay triste! se veía,  
Que de pesares llena,  
Entre las yerbas húmedas yacía.

La camelia lozana,  
Arrogante y hermosa,  
Y como hermosa vana,  
Miraba desdeñosa  
El triste llanto de su pobre hermana.

La flor marchita la miraba en tanto  
Con lánguida dulzura;  
Y dando tregua á su callado llanto,  
Dijo con amargura:

—«Tambien yo tuve deliciosas galas,  
Y jóven hermosura;

Y lejos de pesar y de congojas  
 Los céfiros rizaron con sus alas  
 El doble manto de mis dobles hojas;  
 Yo también he vivido  
 Al dulce amparo de dichosa estrella,  
 Y también como tú, también he sido,  
 Casta, y gentil, y virginal, y bella.

»Mas supe que era hermosa;  
 Me lo dijeron tantos á porfia...  
 Que me hicieron soberbia y vanidosa;  
 Y solo apetecía,  
 Oh, locas esperanzas,  
 El soplo venenoso  
 De pérfidas y torpes alabanzas.

»Una mano traidora  
 Cortóme un día de mi tallo hermoso,  
 Y—Flor encantadora,  
 Me dijo con acento cariñoso,  
 Si tan hermosa eres,  
 ¿Cómo en la soledad y en la tristeza,  
 Sin lujo vives y olvidada mueres?  
 Ven y serás el sol de la belleza,  
 Y la reina serás de los placeres.—

»Y fuí: y en el exceso  
 De mi cruel locura,  
 Presté mis hojas al impuro beso,  
 Y cayó marchitada mi hermosura.

»Despues... los que admiraron  
 Mi fresca juventud y lozania,  
 Pronto me abandonaron  
 À mi eterno dolor y mi agonia.»

Calló la flor, pero siguió llorando;  
 Y al oir sus congojas,  
 La camelia feliz, triste y temblando,  
 Cubrió su cáliz con sus dobles hojas.

Nunca turbe esta historia  
 Tu cándida alegria;  
 Mas ténla en la memoria,  
 Y no me olvides nunca, oh Circe mia.

Octubre.—1849.

---

## LA INGRATITUD.

La mas modesta página  
Del libro de las flores  
Refiere unos amores  
Que mil veces leí.  
Y en versos siempre fáciles,  
Con majestad graciosa,  
—«Eran, dice, una rosa  
Y un cándido alhelí.

» Brillaban á la tímida  
Luz de la aurosa bella,  
Jóven y hermosa ella,  
Hermoso y jóven él.

Y nunca blando céfiro  
 En su volar constante  
 Vió rosa mas amante,  
 Ni un alhelí mas fiel.

»Él de esperanza trémulo  
 Dióle un suspiro un dia;  
 Mas ¡ah! como solia,  
 La flor no suspiró.  
 Entonces melancólico,  
 Doblando la cabeza,  
 De profunda tristeza  
 El alhelí murió.

»Regó con tristes lágrimas  
 Su ingratitud la rosa,  
 Y pálida y penosa  
 Pasó su juventud.  
 Porque flores y céfiro;  
 Huyeron de la ingrata,  
 Y aprendieron que mata  
 La negra ingratitud.»

Noviembre.—1849.

---

## LA ADELFA.

—Vive la adelfa triste,  
Siendo gentil y hermosa,  
En solitarios campos  
Ó en las desiertas costas.

¿Por qué no crecen flores  
Bajo sus verdes hojas?  
¿Por qué la adelfa vive  
Tan apartada y sola?

¿Qué penas la entristecen?  
¿Qué pesares devora?...  
—Flores, prestadme oído  
Y os contaré su historia.

Vivió en los prados la adelfa,  
Gentil, ufana y pomposa,  
Dulce orgullo de la fuente  
Que murmuraba á su sombra.

Y vió del prado fecundo  
Sobre las bordadas ondas,  
Flores de inmensa hermosura  
Y de riquísimo aroma.

Tuvo continuos desvelos,  
Y pesares, y congojas...  
Y tuvo envidia la adelfa;  
Pero lo supo la aurora.

Y allá á los desiertos campos  
Y á las solitarias costas  
Hízola huir, pues la envidia  
Cuanto respira emponzoña.

Por eso la triste adelfa  
Vive macilenta y sola,  
Y guarda amargo veneno  
Oculto en sus verdes hojas.

Noviembre.—1849.

## LA DALIA.

—«La dalia es hermosa,» cantaban las aves,  
Volando ligeras en torno á la flor:  
La flor ocultaba sus hojas suaves,  
Temblando inocente de casto pudor.

«¿Qué tiene la esquiva, las aves decian,  
Que guarda su cáliz del sol celestial?»  
Y mas afanosas sus alas batian,  
Y mas se ocultaba la flor virginal.

Las aves dijeron:—«¿Te causa congojas  
El vuelo officioso del aura sutil?»  
La flor por respuesta cerró mas sus hojas,  
Doblando impaciente su tallo gentil.

Huyeron las aves, y tímida y pura  
Abrió muy despacio sus hojas la flor:  
Fecunda brillaba su casta hermosura.  
¡Oh brillo fecundo del casto pudor!

Noviembre.—1849.

---

## EL AIRE Y EL AGUA.

### I.

Él vuela en el valle ameno,  
Con solicitud extraña,  
Ella al pie de la montaña  
Tiende su raudal sereno.

Él trémulo se desliza  
Moviendo las ramas graves,  
Ella en círculos süaves  
Sus dóciles ondas riza.

Ambos se encuentran en suma,  
 Rivales en pompa y galas;  
 Él perfumadas las alas,  
 Ella cubierta de espuma.

## II.

El aire al verla se engrie,  
 Llega, la besa y suspira;  
 Ella a vergonzada gira,  
 Tiembla toda, y se sonrie.

—Yo soy, el agua murmura  
 Agitando su corriente,  
 La hija altiva del torrente  
 Que salta en la peña dura.

Alzando polvo en la tierra  
 Ufano el aire la dijo;  
 —Yo soy mas; yo soy el hijo  
 Del rudo huracan que aterra.

## III.

Suspensa el agua lo mira,  
 Tiende con gracioso encanto  
 La pompa azul de su manto,  
 Y estas palabras suspira:

—Mucho en tu origen reparas,  
 Pero es mayor mi tesoro;  
 Yo sobre arenas de oro  
 Derramo mis ondas claras.

—Si tu valor no es escaso  
 Bien tu orgullo lo levanta:  
 Mas no hay flor, ramo ni planta,  
 Que no se incline á mi paso.

—Nacen las flores mas bellas  
 donde van mis ondas frias.

—Ya se sabe que las crias  
 Para que yo duerma en ellas.

## IV.

Callóse el agua oportuna  
 Por esquivá ó por modesta;  
 Esperó el aire respuesta,  
 Pero no obtuvo ninguna.

Siguió muda la corriente,  
 Voló inquieto el aire ufano,  
 Esperó respuesta en vano  
 Y al fin prorumpió impaciente.

—Desden te inspiran los celos.  
 Y ella dijo:—Mucho subes,

—En mí se mecen las nubes.  
 —Y en mí se miran los cielos.

## V.

Callaron: el agua grave  
 Gimió con dulce interés;  
 La besó el viento süave  
 Y es cosa que nadie sabe  
 Lo que sucedió despues.

## NO ME OLVIDES.

Hay una flor hermosa,  
No tanto como Circe,  
Casta como las flores  
Y como casta humilde.

Su esencia es dulce y mansa,  
Su tallo manso y triste;  
Son ayes sus suspiros,  
Misterioso su origen.

Cúidanla con esmero,  
Y afanosos la sirven,  
El inocente arroyo  
Y el céfiro apacible.

Suplica quien la nombra,  
Quien ama la bendice,  
Y espera quien con ella  
La blanca frente ciñe.

En ausencias penosas  
De amantes infelices,  
Lleva el dulce mensaje  
De lo que el alma dice.

La guarda la doncella  
Que enamorada vive;  
Fecúndala inocente  
Su corazon de vírgen;

Porque la flor es todo  
Lo que su amor exige,  
Lo que su afan desea,  
Lo que sus sueños fingen.

En la pasion primera,  
Dulcísima y sublime  
Muestra sus mansas hojas  
Y oculta sus raices.

Es un recuerdo hermoso,  
Es ¡ay! un imposible;  
Es esperanza bella,  
Es inquietud que aflige.

Esta flor misteriosa  
Se llama: «No me olvides.»

## LA ENREDADERA.

Crece al pie de la ventana  
De Luz, la hermosa aldeana,  
Una hermosa enredadera,  
Que mece dulce y ligera  
El aura mansa de abril.

Entre sus ramos frondosos,  
Verdes, brillantes, pomposos,  
Muestra blancas y amarillas  
Perfumadas campanillas  
La enredadera gentil.

Y ciñen sus frescos brazos  
 En voluptuosos lazos  
 Las ramas que besa el viento  
 Del álamo macilento,  
 Que le dió sombra al nacer.

Trepa por ellas altiva  
 Y las oprime lasciva,  
 Hasta descansar ufana  
 En la graciosa ventana  
 Con delicioso placer.

Muestra la flor cada día  
 Mas lujosa gallardía,  
 Mas espléndida riqueza,  
 Mas delicada belleza,  
 Y mas vida, y mas amor.

Y sus hojas de esmeraldas  
 Forman ligeras guirnaldas;  
 Y brillan como un tesoro  
 Flores de nácar y oro  
 Sobre el fecundo verdor.

Apoyada en su ventana  
 La cariñosa aldeana,  
 Vé la rica enredadera  
 Trepar altiva y ligera,  
 Brillar pomposa y crecer;  
 Y por los ramos tendidos  
 Vagan sus ojos perdidos.  
 Y como la planta bella

Siente la hermosa doncella,  
Indefinible placer.

Con inocente delicia  
Besa dulce y acaricia  
La rama fresca y lozana,  
Que dibuja en su ventana  
Maravilloso feston;

Y no sabe la doncella  
Por qué al ver la planta bella  
Y al acariciarla tanto,  
Siente un misterioso encanto  
Brotar en su corazon.

Y le dice:—«Dulce planta,  
¿Por qué tu verdor me encanta?  
¿Por qué al mirarte suspiro?  
¿Por qué, flor, si no te miro  
No siento tanto placer?»

Y la flor, maravillosa  
Por lo fresca y por lo hermosa,  
Le contesta dulcemente:  
—«Porque es como yo inocente  
Tu corazon de mujer.»

Y apenas nace la aurora,  
La doncella encantadora  
Abre su casta ventana;  
Y vé pasar la mañana  
Acariciando á la flor.

Su gala fecunda admira,  
 Admirándola suspira,  
 Suspirando la bendice...  
 Y la hermosa flor le dice:  
 —«Yo soy tu primer amor.»

Noviembre.—1849.

## LOS PENSAMIENTOS.

Esas que besan los vientos  
Agrupadas florecillas,  
Que en sus dulces movimientos  
Nos parecen tan sencillas,  
Son hermosos pensamientos.

El aura los enamora;  
Prendada de su belleza  
Dulcísimas perlas llora;  
Y ellos alzan la cabeza  
Para mirar á la aurora.

Hácenles todas las flores  
Cariñosas confianzas  
Para calmar sus dolores,  
Para fingir esperanzas,  
Para alimentar amores.

Con sus ayes de contento,  
Canta la dulce paloma  
En el bosque macilento,  
Que es el mas precioso aroma  
El de un tierno pensamiento.

Á ellos deben su armonia,  
Sus alas de amor suaves,  
Su inocente lozania,  
Y su dulce melodia,  
Fuentes, auras, flores y aves.

Consuelan á los que lloran;  
Nacen cándidos contentos,  
Paz y amor donde ellos moran.  
¡Cuánta riqueza atesoran  
Los hermosos pensamientos!

## EL SUEÑO DE LAS FLORES.

Era una tarde de apacible ambiente,  
De manso aroma y celestial color;  
Iba gimiendo de placer la fuente,  
Las auras iban suspirando amor.

El sol se oculta en el gentil collado,  
Que airoso corta el horizonte azul;  
Sobre las flores del fecundo prado  
La niebla tiende su bordado tul.

Callan las aves, y en el bosque umbrio  
 Entre las ramas á ocultarse van;  
 Duermen las flores y murmura el rio;  
 Auras y fuentes suspirando estan.

En pos dejando misteriosa huella  
 De tibia luz, que espirará despues,  
 El cielo cruza silenciosa estrella;  
 La blanca estrella de los sueños es.

La luz dudosa de su inquieta llama  
 Presta á las flores celestial calor;  
 Y dulce en ellas por igual derrama  
 Castos ensueños de inocente amor.

Si á amar las flores en el mundo enseñan,  
 ¿Qué podrán ellas en sus sueños ver?  
 El aura dice que las flores sueñan  
 Misterios, ¡ay! de virginal placer.

Sentir del aura el cariñoso vuelo,  
 Oir del agua el armonioso son,  
 Amarse mucho, y contemplar el cielo...  
 Sueños y vida de las flores son.

Noviembre. -- 1849.

## VERDADERO AMOR.

Un jacinto bellissimo servia  
Con delicado esmero  
À una rosa gentil de Alejandria.  
Por lo hermoso y galan era el primero  
De cuantos ostentaba la pradera;  
Y la rosa... imposible  
Encontrar otra flor mas hechicera.  
La llama siempre pura  
De este amor apacible  
No les daba pesares ni desvelos;

Amor todo ventura,  
Y... ¡cosa original! amor sin celos.

Alhelies, y lirios, y amarantos  
Envidiaban la dicha del amante,  
Mirando de la rosa los encantos.  
Con afan incesante,  
Con celosa agonía  
Tambien lilas y acacias envidiaban  
La dicha de la flor de Alejandria.  
Y con rabioso empeño  
Todos se conjuraban  
Por deshacer el sueño  
Del delicado amor que los unia.

Y desató su lengua la mentira  
Que todo lo atropella:  
Ella buscó en su angustia  
Todo el consuelo que su amor le inspira,  
Y á él, ¡qué cosas le contaron de ella.  
La pobre rosa mustia  
Lloró su pena y la encerró en sus hojas;  
Él ahogó sus recelos,  
Sus amargas congojas,  
Fingió desden para ocultar sus celos.

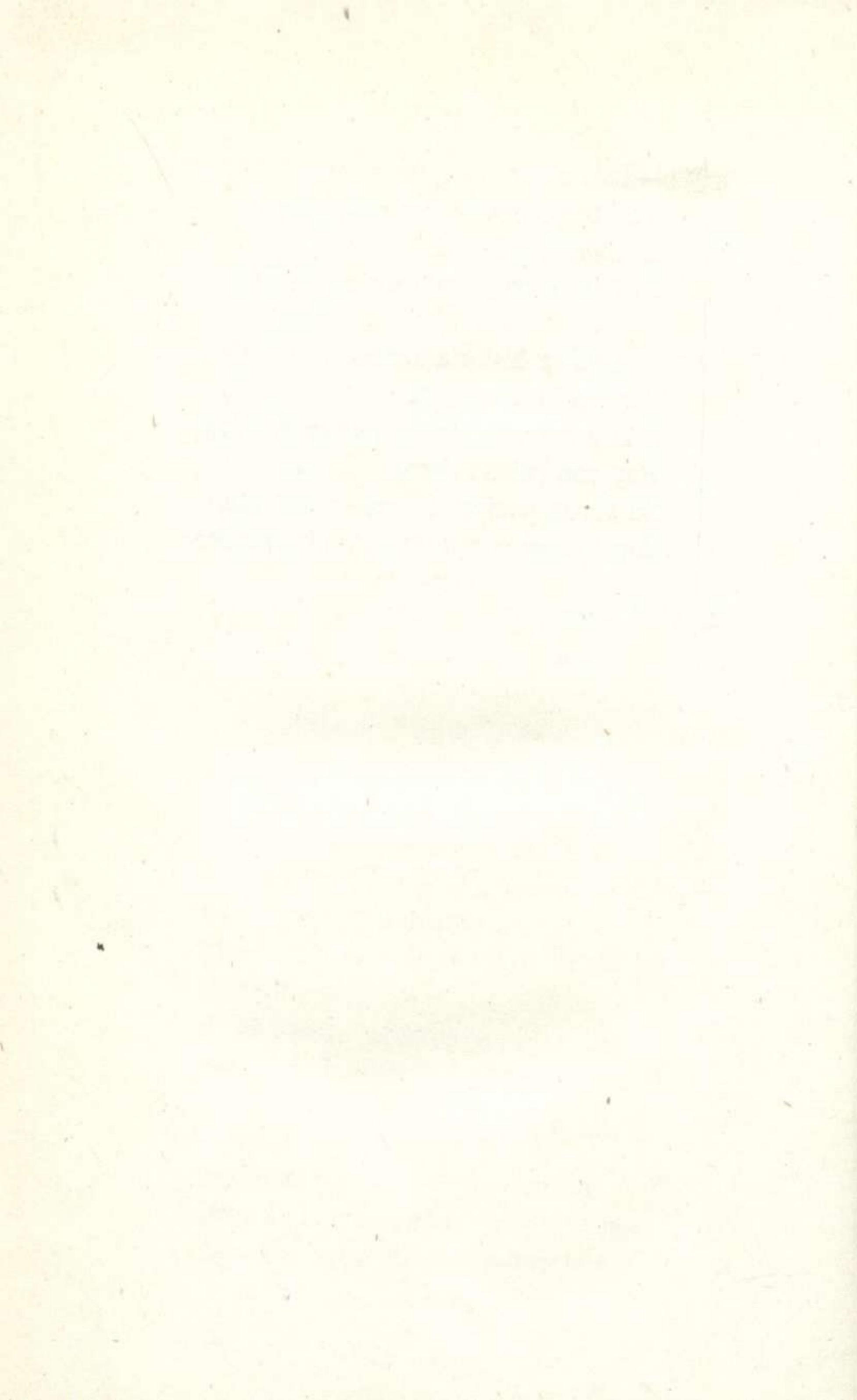
Mas al fin, de repente  
La Reina de las flores, sabedora,  
Mostrando enojo en la rosada frente,  
Dijo con majestad encantadora:

—Porque en mi reino entero  
Tan torpe envidia su castigo vea,  
El amor verdadero,  
Ardiente, puro, indestructible sea.

Aqui la historia acaba;  
Pero la fama cuenta  
Que huyó vencida la mentira esclava;  
Hoy con cariño tierno  
Su verde pompa la pradera ostenta  
Como en memoria de este amor eterno.

23 Abril.—1850.

---



## LA VIRTUD.

En un valle riquísimo  
Por sus hermosas flores,  
Un clavel dulce y pálido,  
Sin galas ni colores,  
Su vida melancólica  
En triste olvido vió.

Pero al morir... sus pétalos  
Tornáronse olorosos,  
Y las flores y el céfiro  
Miraron silenciosos  
Crecer fecundo el sándalo  
Donde el clavel murió.

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

1757

## LA HORTENSIA Y LA MADRESELVA.

### LA MADRESELVA.

La dulce frente inclinada,  
Sin color y sin esencia...  
¡Pobre flor desconsolada!  
Tú vives enamorada,  
Y sufres males de ausencia.

Lloras tu amante perdido,  
Y es inútil tal desvelo,  
Tierno corazón herido,  
Para encontrar el consuelo,  
Necesitas el olvido.

## LA HORTENSIA.

Si no llorara á mi amante,  
Perdiendo color y esencia,  
No fuera mi amor bastante;  
Yo lo siento mas constante  
Con el rigor de la ausencia.

Tres auroras han nacido  
Desde que le lloro ausente.  
Yo no sé lo que he sufrido...  
La palidez de mi frente  
Podrá decir si le olvido.

## LA MADRESELVA.

Tu padecer es bastante;  
Yo calmaré tu dolor.  
Espera, flor, á tu amante;  
Que si tú eres tan constante,  
Yo tengo lazos de amor.

## ANGÉLICA.

### LA ORACION.

#### I.

En religioso silencio,  
En calma triste y profunda,  
Praderas, montes y valles  
Ni suspiran, ni murmuran.  
Coros de blancas estrellas  
Brillan con luz moribunda;  
Otras allá en Occidente  
Se desvanecen confusas.  
El alba apenas sonrie,  
Velando mal su hermosura  
El casto velo que bordan

Ligeras franjas de púrpura.  
La brisa vuela impaciente,  
Tímida, indecisa y muda  
Y ni las hojas agita,  
Ni el hondo silencio turba,  
Y mas el alma la siente  
Que los oídos la escuchan.

## II.

Sobre sus tallos dormidas  
Dulces las flores se arrullan,  
Y en leves ondulaciones  
Con suavidad se columpian.  
Despierta una flor, y alzando  
Al cielo la frente pura,  
En éxtasis inefable  
Las lozanas hojas junta;  
Y del pudoroso seno  
Brotando la esencia oculta,  
Manda á la aurora el suspiro  
De su amor y su ternura.  
Entonces maravillosa  
Sobre su frente fulgura  
Una gota de rocío  
Con que el alba la saluda:  
Perla que baña sus hojas  
Y el tierno cáliz fecunda.

## III.

La clara luz de la aurora  
Prados y valles inunda,  
Arroyos, auras y flores  
Puros acentos modulan.  
La tierna Angélica muestra  
Tan delicada frescura,  
Que es por lo hermosa la reina  
De aquella pradera inculta.  
Las flores todas la miran,  
Las mariposas la buscan,  
Las auras en ella sola  
Sus blandas alas perfuman,  
Y porque sus hondas bese  
La fuente á sus pies murmura,  
Ofreciéndole en tributo  
Suelos encajes de espuma.  
La flor sonrie, se inclina  
Y entre el follaje se oculta.

23 Abril.—1850.

---



## SERENATA.

### LA ESPUMA DEL AGUA.

Las ilusiones, niña,  
Que el amor fragua,  
Son ¡ay! como la espuma  
Que forma el agua.

Nacen y crecen,  
Y como espuma vana  
Desaparecen.

Viste el arroyo manso  
Con gala suma,

Sobre su azul corriente  
Rizada espuma:  
    Los corazones  
Se visten de esperanzas  
    Y de ilusiones.

    Azules son tus ojos,  
Niña inocente,  
Apacibles y claros  
Como la fuente;  
    Y tu mejilla  
De la espuma lo blanco  
    Vence y humilla.

    Tu lánguida belleza  
Retrata en suma  
Lo hermoso de la fuente  
Y de la espuma.

    Si amor los fragua,  
¿Serán tus pensamientos  
    Espuma y agua?

    Al soplo de la brisa  
Que se deshace  
En las hondas azules  
La espuma nace;  
    Y apenas crece,  
De la brisa otro soplo  
    La desvanece.

À tus suspiros dulces,  
Mansos y lentos,  
Brotaron amorosos  
Mis pensamientos;  
¿Mas tú no alcanzas,  
Que como espuma mueran  
Mis esperanzas?

Si la ilusion querida  
Que el amor fragua  
Se asemeja á la espuma  
Que forma el agua;  
La tuya lleve  
Lo blanco y lo modesto,  
Nunca lo breve.

Se adelanta la aurora  
Fresca y serena;  
¡Ay! tú no sabes, niña,  
Cuánta es mi pena;  
Porque me abrumba  
Si será tu cariño  
Agua y espuma.

---



A LAURA.

Por tí, Laura hermosa, mis flores contaron  
Sus tristes pesares, su inquieto dolor;  
Por tí sus brillantes colores mostraron;  
Por tí, también ellas, alegres cantaron  
Sus dichas de amor.

Hay flores humildes, altivas y bellas  
Con mantos de encaje y hermoso tisú;  
Si ciñes, oh Laura, tu frente con ellas,  
Parecen coronas de blancas estrellas;  
Y el cielo eres tú.

Al ver tu mejilla de castos colores,  
 Al verte mas pura que pura es la flor,  
 Te ofrezco, en tributo y en prenda de amores,  
 Un libro modesto, con vidas de flores  
 Y ensueños de amor.

Si sientes, oh Laura, penoso desvelo,  
 Inquietos pesares, tristeza y afan;  
 Si el alma suspira de amargo recelo...  
 Sus páginas abre, y en ellas consuelo  
 Tus ojos verán.

¡Feliz y envidiable la flor, cuya historia  
 Merezca y consiga tu dulce favor!  
 ¡Dichoso si ocupo tu casta memoria!  
 Pues son mis ensueños de nombre y de gloria,  
 Tu nombre y tu amor.

Noviembre.—1849.

**FIN DE LA PRIMAVERA.**

**EL ESTIO.**



SR. D. EDUARDO FERNANDEZ SAN ROMAN.

*Tengo el gusto de dedicar á V.  
mi segunda coleccion de Poesias.*

*Esto no satisface las atenciones, los  
favores ni la amistad que le debo.*

*Solo pretendo que sea para V. este  
libro una prenda segura de la estimacion  
y del afecto que le profesa su*

Verdadero amigo,  
**José Selgas.**

Madrid 20 de Abril de 1853.

REV. D. DILLON REVEREND FATHER ROME

The enclosed is a copy of the  
report of the committee on  
the subject of the  
the committee on the  
the committee on the  
the committee on the

Very respectfully,  
John Seligson

Witness my hand and seal this 10th day of April 1873.

## SERENATA.

POESIA DE DON EDUARDO GONZALEZ PEDROSO.<sup>1</sup>

---

Quizá, al coger una rosa,  
Que ostenta el pensil ufano,  
Punzada sientas tu mano  
Por tanta temeridad.

Quizá llores desengaños  
Y mires trocado en humo  
Lo que creiste bien sumo,  
Lo que juzgastes verdad!

*En el album de PEPITA.*

Por el azul del cielo  
La luna sube,  
Como tus pensamientos,  
Blanca y sin nube:  
Y á sus fulgores  
Se levanta la estrella  
De los amores.

<sup>1</sup> Desde que oí leer por primera vez esta poesía, concebí la idea de llenar con ella las primeras páginas del Estío. Su autor ha condescendido á mis reiteradas instancias, remitiéndomela con una carta que publico en este lugar, por ser empeño suyo. La carta es la siguiente:

«Mi querido Pepe; no rehusaré para mis seguidillas el

Cual la modesta luna  
 Claros y lentos  
 Cruzan el cielo, niña,  
 Tus pensamientos.  
 Nunca en tu daño  
 Se levanta la nube  
 Del desengaño.—

Guarda tus ilusiones,  
 Niña querida,  
 Que la ilusion es aire...  
 Mas dá la vida.

honor de salir á luz en la excelente compañía que les ofreces. Por mucho que la comparacion les perjudique, quiero aprovechar este y cuantos medios se me presenten de fraternizar contigo. Tienes ademas derecho sobre ellas, porque son tambien hijas tuyas. Aspiré á expresar sentimientos puros y tus versos me sirvieron de modelo.»

«Lo único que rechazo son tus benévolas calificaciones. Has visto en mi pobre composicion un gérmen de poesía; el amor á lo que es lícito, y respetable, y bueno; el cariño á mi mujer; y recibiendo este gérmen, tu alma y tu buena voluntad lo han convertido en árbol frondoso. Pero mucho va de lo que yo puedo hacer á lo que tu imaginacion te representa. Soy, es verdad, un laborioso jornalero que escribe al año trescientos artículos de periódico; pero tú eres un poeta; eres el cantor de Laura.»

«Ahí va la serenata, conjunto de pensamientos propios y ajenos, bajo una forma cuya propiedad puedes reclamar legítimamente. Colócame en el rincon que mas te plazca, pues, delante ó detrás, no ha de necesitar nadie que yo le cuente el cuento de Cervantes, para comprender que *donde tú te pongas, estará la cabecera.*»

Bien se advierte cuánto gana esta coleccion empezando con una poesía tan tierna y tan delicada.

Advierte, advierte,  
Que donde el aire falta  
Surge la muerte.

Son como el aire, niña,  
Las ilusiones:

¿Quién coloca en el aire  
Sus ambiciones?

Pero al perdellas,

¡Ay, el alma no puede  
Vivir sin ellas!

*Tal vez, cuando recorras  
Pensil galano,*

*Desgarradora espina*

*Punce tu mano:*

Mas, ¡ay! no llores;

Que aun es dulce la muerte

Que dan las flores!

Y aunque *la luz radiante*

*De tu bien sumo*

*Desventurada mires*

*Cambiarse en humo,*

En tu delirio

Adoraras la causa

De tu martirio!

Yo rui señor moria

Por una estrella

Y asordaba las auras

Con su querella:

Y un lirio en tanto,  
 Que al ruiseñor amaba,  
 Murió entre llanto.—  
 Ruiseñor es el alma,  
 Dulce cantora;  
 La estrella es la mentira  
 Que la enamora;  
 Y la flor pura,  
 Que desdeñada muere,  
 Es la ventura.

Como tus pensamientos  
 Blanca y sin nube,  
 Ya por el horizonte  
 La estrella sube;  
 ¡Nunca en su daño  
 Se levante la nube  
 Del desengaño!  
 Que á tu encendido labio  
 Que mayo pinta,  
 Tal vez diciembre robe  
 Su roja tinta.  
 Si se le veda  
 Su angelical sonrisa...  
 ¡Ay! ¿Qué le queda?

No me preguntes, niña,  
 Por qué te quiero:  
 Sabe que por tus ojos,  
 Amante muero;

En cuya lumbre  
Ha puesto la inocencia  
su mansedumbre.  
Por la casta pureza  
Que hay en tu frente,  
La acaricia tu madre  
¡Tan blandamente!...  
Niña morena,  
Yo también te idolatro,  
Porque eres buena.

Tiende por ese ambiente  
De poesía  
Tan generoso vuelo,  
Paloma mía.  
¿Qué te detiene?  
El amor á tu puerta  
Llamando viene.  
El amor es la hiedra  
Que al olmo enlaza;  
Tal vez al trono oprime  
Cuando le abraza:  
Mas dale tierno  
Su regalado abrazo  
Verdor eterno!

Pura como el aliento  
De los jazmines  
Te apellidan su hermana  
Los serafines;

Y en yugo blando  
Mil y mil corazones  
Vas cautivando.  
Mil corazones rindes  
Á tus prisiones:  
¡Ay, quien te diera, niña,  
Mil corazones!  
¿Los apeteces?  
Toma el mio, señora,  
Mil y mil veces!

## INTRODUCCION.

---

¿Dónde están los perfumes y las flores,  
Que ante mis ojos desplegar solia  
La risueña estacion de los amores?

¿Dónde el brillante sol, el claro dia,  
La blanda noche y la modesta luna;  
Y dónde están mi amor y mi alegria?

¿Quién enciende esta sed que me importuna?  
¿Por qué al buscar mis ilusiones bellas,  
¡Desengaño cruel! no hallo ninguna?

Puras como la luz de las estrellas  
Eran y las perdí, y en vano ahora  
Sé que no puedo yo vivir sin ellas.

¡Qué anhela el hombre si su bien ignora,  
Si solo puede comprenderlo, cuando  
Con inútiles lágrimas lo llora!

Gime el laurel en movimiento blando  
Y del viento á la ráfaga ligera  
Abandona sus hojas suspirando.

Pierde su gala y su verdor, y espera  
Que nueva pompa, y majestad, y vida  
Le volverá otra vez la primavera.

Pero del alma la ilusion perdida,  
Gérmen oculto de la dicha humana,  
Ni nunca vuelve, ni jamás se olvida.

Y en vano inquieto el corazon se afana,  
Y espera en vano que risueños dones  
Le traiga el sol que alumbrará mañana.

No vuelven ya las dulces ilusiones:  
Se deshizo la alegre fantasía  
Al soplo abrasador de las pasiones.

Inútilmente el corazon porfia,  
Pues llora el fruto que á coger alcanza  
Al espirar la luz del nuevo dia.

Así la vida caminando avanza;  
Cada placer nos cuesta un desengaño  
Y cada desengaño una esperanza.

Y á nuestro bien y á nuestro mal extraño  
El tiempo en tanto, en su profundo seno  
Sepulta sin cesar año tras año;

Y el dulce cáliz de placeres lleno  
El hombre ansioso con afan apura  
Y el alma llena de mortal veneno;

Y ansioso corre, porque asir procura  
La sombra de un placer que va delante  
Mas lejos cada vez y mas oscura.

¡Felicidad humana! semejante  
Á esa niebla que el sol tibio ilumina  
Y que disipa el viento en un instante;

Imágen delicada y peregrina,  
Que á nuestros ojos se levanta y crece,  
Si el alma en su inquietud se la imagina.

Y amor que de placer nos estremece,  
Que entre sus labios húmedos, risueña  
La flor de la esperanza nos ofrece,

Solo en ver nuestras lágrimas se empeña,  
Y solo en nuestro espíritu derrama  
Dulce felicidad, cuando se sueña.

Felicidad, felicidad se llama  
Cuanto en la amarga vida satisface  
La ambicion ó el placer que nos inflama.

La dicha muere cuando apenas nace;  
Es ráfaga de luz tan pasajera,  
Que en el punto que brilla se deshace.

Es deseo no mas, sombra ó quimera;  
Y en la sed de vivir que nos devora  
Solo es felicidad la que se espera.

Antes que llegue el corazon la llora,  
Y es esencia á la vez tan esquisita,  
Que llega, se respira y se evapora.

Así nuestra ansiedad nos precipita:  
Si el mundo es un edem lleno de flores,  
Cada flor que se toca se marchita.

Huyó la primavera, y sus colores  
El valle pierde, y su verdor el llano  
Á los rayos del sol abrasadores;

Y las sedientas brisas del verano,  
Buscando el agua de la fuente umbría,  
Con desmayado afan vuelan en vano.

Con desmayado afan mi fantasía  
Busca tambien sus ilusiones bellas,  
Manantial de mi amor y mi alegría.

Ni el rastro azul de sus tranquilas huellas  
El alma vé, que para siempre huyeron.  
¡Cuán triste debe ser morir sin ellas!

Como sombra fugaz se deshicieron;  
Siempre serán del corazón lloradas:  
¡Tan dulces eran y tan breves fueron!

*Prendas hermosas por mi bien halladas,  
Fuentes de amor y celestial tesoro,  
Para mi mal tan pronto disipadas;*

Estas escasas lágrimas que lloro  
Son en fé de mi eterna despedida:  
Huyó mi ensueño de jazmin y oro;  
Murió la primavera de mi vida.



## EL ESTIO.

Mayo recoge el virginal tesoro.  
Desciñe Flora su gentil guirnalda;  
La sombra busca el manantial sonoro  
Del alto monte en la risueña falda;  
Campos son ya de púrpura y de oro  
Los que fueron de rosa y esmeralda;  
Y apenas riza su corriente el río  
Á los primeros soplos del estio.

El soto ameno y la enramada umbrosa,  
El valle alegre y la faraz ribera  
Con voz desalentada y cariñosa  
Despiden á la dulce primavera;  
Muere en su tallo la inocente rosa;  
Desfallece la altiva enredadera;  
Y en desigual y ténue movimiento  
Gime en el bosque fatigado el viento.

Por la alta cumbre del collado asoma  
 La blanca aurora su rosada frente,  
 Reparte perlas y recoge aroma;  
 Se abre la flor que su mirada siente;  
 Repite sus arruyos la paloma  
 Bajo las ramas del laurel naciente;  
 Y allá por los tendidos olivares  
 Se escuchan melancólicos cantares.

Del aura dócil al impulso blando  
 La rubia mies en la llanura ondea;  
 Del dulce nido alrededor volando  
 La alondra gira y de placer gorjea;  
 Las ondas de la fuente suspirando  
 Quiebran el rayo de la luz febea,  
 Y en delicados mágicos colores  
 El fruto asoma al espirar las flores.

Sobre los montes que cercando toca  
 La niebla tiende su bordado encaje;  
 Desde el peñon de la desierta roca  
 Lánzase audaz el águila salvaje;  
 El seco vienteçillo que sofoca  
 Cubre de polvo el pálido follaje;  
 Y por el monte y por la vega umbría  
 Crece el calor y se derrama el día.

Y en el árido ambiente se dilata  
 La esencia de la flor de los tomillos,  
 Y lento el río su rauda! desata

Entre mimbres y juncos amarillos;  
 Y si al cubrir sus círculos de plata  
 Con sus plumeros blandos y sencillos  
 La caña dócil la corriente roza,  
 Trémula el agua de placer solloza.

Del valle en tanto en la pendiente orilla  
 Manso cordero del calor sosiega;  
 Se oyen los cantos de la alegre trilla;  
 Suenan los ecos de la tarda siega;  
 Ardiente el sol en el espacio brilla;  
 El cielo azul su majestad despliega,  
 Y duermen á la sombra los pastores,  
 Y se abrasan de sed los segadores.

Presta sombra á la rústica majada  
 La noble encina que á la edad resiste;  
 En su copa de fruto coronada  
 La vid de verde majestad se viste;  
 Á su pié la doncella enamorada  
 Canta de amor, pero su canto es triste,  
 Que en el profundo afan que la devora,  
 A mores canta porque celos llora.

Y el eco de su voz, dulce al oído  
 Mas que el tierno arrullar de la paloma,  
 Por el monte y el valle repetido,  
 Tristes, confusas vibraciones toma;  
 Y en las ondas del aire suspendido  
 Se escapa al fin por la quebrada loma,

Y sin que el aura devolverlo pueda  
Todo en reposo y en silencio queda.

Mudas están las fuentes y las aves;  
No circula ni un átomo de viento;  
Cortadas por el sol lentas y graves  
Caen las hojas del árbol macilento;  
Ténue vapor en ráfagas suaves  
Se levanta con fácil movimiento;  
Y mezclando en la luz su sombra extraña,  
Va formando la nube en la montaña.

Hinchada al fin soberbia se desprende  
Del horizonte azul la nube densa,  
Y el fuego del relámpago la enciende,  
Y gira por la atmósfera suspensa;  
Y ya sus flancos inflamados tiende,  
Ya el vapor de su seno se condensa,  
Y soltando el granizo en lluvia excasa  
La rompe el trueno y se divide y pasa.

Y el sol que se reclina en occidente  
De su encendido manto se despoja,  
Y en los blancos celajes del oriente  
Se pierde el rayo de su lumbre roja.  
Brilla la gota de agua transparente  
Detenida en el polvo de la hoja,  
Y tendiendo el crepúsculo su planta  
Del fondo de los valles se levanta.

Como el ensueño dulce y regalado  
 Que en la fiebre de amor templó el desvelo,  
 Vertiendo en nuestro espíritu agitado  
 La misteriosa esencia del consuelo;  
 Así por el ambiente reposado  
 De estrellas y vapor bordando el cielo,  
 Breves y llenas de feraz rocío  
 Cruzan las noches del ardiente estío.

Y en tristes ecos el silencio crece,  
 Y en tibio resplandor la sombra vaga;  
 La luz de las estrellas se estremece  
 Y en el limpio raudal brilla y se apaga;  
 Naturaleza entera se adormece  
 En el hondo placer que la embriaga,  
 Y lleva al áura en vacilantes giros  
 Besos, sombras, perfumes y suspiros.

Mas puro que la tímida esperanza  
 Que sueña el alma en el amor primero,  
 Su rayo débil desde oriente lanza,  
 Sol de la noche, virginal lucero;  
 Triste y sereno por el cielo avanza  
 De la cándida luna mensajero;  
 Por ella viene y suspirando ella  
 Siguele en pos enamorada y bella.

Cuantos guardais la tímida inocencia  
 Que á la esperanza y al amor convida;  
 Los que en el alma la impalpable esencia

De su primer amor llorais perdida;  
 Cuantos con dolorosa indiferencia  
 Vais apurando el cáliz de la vida;  
 Todos llegad y bajo el bosque umbrío  
 Sentid las noches del ardiente estío.

Las del tirano amor, desengañadas,  
 Pálidas y dulcísimas doncellas,  
 Vosotras que llorais desconsoladas  
 Solo el delito de nacer tan bellas;  
 Mirad entre las nubes sosegadas  
 Cómo cruzan el cielo las estrellas;  
 Que no hay duda, ni afán, ni desconsuelo,  
 Que no se calme contemplando el cielo.

Y tú, tierna á mi voz, blanca hermosura,  
 Fuente de virginal melancolía,  
 Más hermosa á mis ojos y más pura  
 Que el rayo azul con que despunta el día;  
 Corazón abrasado de ternura,  
 Espíritu de amor y de armonía,  
 Ven y derrama en el tranquilo viento  
 El ámbar delicado de tu aliento.

La dulce vaguedad que me enajena  
 Aumenta la inquietud de mi deseo;  
 Tu voz perdida en el ambiente suena;  
 Donde mis ojos van tu sombra veo;  
 De amor y afán mi corazón se llena,  
 Porque en tu amor y en mi esperanza creo;

Y así suspende el sentimiento mio  
La tibia noche del ardiente estio.

Noche serena y misteriosa, en donde  
Dormido vaga el pensamiento humano,  
Todo á los ecos de tu voz responde  
La mar, el monte, la espesura, el llano;  
Acaso Dios entre tu sombra esconde  
La impenetrable luz de algun arcano;  
Tal vez cubierta de tu inmenso velo  
Se confunde la tierra con el cielo.

---



## LAURA,

(Continuacion del Amor del poeta.)

Me abraso de calor.... ven, Laura mia,  
El viento apenas gime  
Y el sol señala la mitad del dia.  
Reposemos aquí; naturaleza  
Bajo esta melancólica espesura  
Nos convida al placer y á la tristeza:  
Alza los ojos bellos,  
Vierte en mi corazon su lumbre pura,  
Quiero, pues son mi amor, mirarme en ellos.

Mas no apagues la sed que me devora,  
Es el secreto que en mi alma enciende  
La fé con que te adora;  
Secreto que suspende  
Todo mi ser, lo abisma y lo enajena

En una vaguedad que no comprende.  
 No rompas el encanto misterioso  
 Que en torno nuestro desplegar se veo,  
 Es el amor que nuestras almas llena  
 De sombra y de reposo,  
 De ilusion, de esperanza y de deseo.

Amor á cuyo imperio  
 Rinde su voluntad el alma ciega,  
 Amor todo misterio,  
 Planta toda perfume,  
 Dulce calor que si á inflamarse llega  
 En la llama que enciende se consume.  
 Y este amor que respiro,  
 Que vida y ser del corazon recibe,  
 Que vuela en un suspiro,  
 Que en mí se oculta y en tus ojos vive;  
 Es aurora del cielo desprendida,  
 Es aliento de Dios puro y suave,  
 Es mi ser, es mi espíritu, es mi vida;  
 Y yo no quiero que mi amor se acabe.

Yo lo sentí brotar como se siente  
 La luz del sol, á cuyo influjo arde  
 La bóveda del cielo transparente,  
 Y el universo brilla y se colora;  
 Lo adiviné en las sombras de la tarde,  
 Lo comprendí en los rayos de la aurora;  
 Y en el céfiro blando  
 Sentí el suspiro de tus labios rojos,

La luna resbalando  
 Por el espejo azul del claro río  
 Mintió la luz de tus brillantes ojos.  
 Y en el cáliz umbrio  
 De la limpia azucena  
 Tus lágrimas bebí y eran rocío;  
 Ví tu frente serena  
 Cubierta de inmortal melancolía,  
 Vaga como la sombra  
 Que en apacible calma  
 La noche tiende al espirar el día;  
 Y dentro de mi alma  
 Brilló tu pensamiento;  
 Y resonó en mi oído  
 Tu cariñoso acento,  
 Mas dulce que el gemido  
 Que forma el agua que acaricia el viento.

Así te ví y así te amé; si ciego  
 Nunca el encanto de tus ojos viera,  
 Este profundo fuego,  
 Que tú alimentas y en mi seno abrigo  
 Lo mismo que lo siento lo sintiera;  
 Dios sabe que este amor nació conmigo.

Mas si en tu seno virginal dormido,  
 Seno que amor formó de rosa y nieve,  
 En beso apetecido  
 Probara del placer la dicha breve,  
 Se apagara la sed en que me abraso,

Y entonces Laura mía...

¡Cruel humanidad! acaso, acaso  
 Mi ingrato corazón te olvidaría.  
 Por eso en dócil inquietud te adoro,  
 Por eso el ambar de tus labios bebo,  
 Por eso con mis ojos te devoro,  
 Te quisiera besar y no me atrevo.

Duerme en mi corazón, en él reposa,  
 Virgen es en su amor y nadie ha sido  
 Mas querida que tú ni mas hermosa.  
 La noche del olvido  
 No borrará jamás tan dulce instante.  
 ¡El pudor ha encendido  
 La casta palidez de tu semblante!...  
 Ven si en mi amor confías  
 Tú que la negra ingratitud ignoras;  
 Yo cantaré tus tiernas alegrías,  
 Yo enjugaré tus lágrimas si lloras.  
 Y el cielo alegre en tanto  
 Que nuestro bien desea,  
 Sereno tienda su lujoso manto,  
 Que tu cariño tierno  
 Afable mire y satisfecho vea,  
 Y que mi amor eterno  
 Y digno, Laura, de tu nombre sea.

## EL ALBA.

MELODÍA.

—Hoy triste el alba llegó  
En ricas nubes velada.

—Si vivirá enamorada  
Tambien como vivo yo!

—Y celosa, Laura.

—Sí!

Siendo Reina!...

—Y siendo hermosa.

—¿Y de quién está celosa?

—Está celosa de tí.



## LAS AURAS.

Esas que bulliciosas,  
Al asomar el alba,  
Fingiéndome mil suspiros  
te besan y te llaman:

Y ya tus rizos mecen,  
Ya por tu faz resbalan,  
Ya vuelven cariñosas,  
Ya fugitivas pasan;

Y en inquietud constante  
Cerca de tí derraman  
Dulcísimos sonidos  
Y aromas delicadas,

Son de la blanda noche  
Las invisibles auras.

---

De sus halagos tiernos  
Tu dulce sueño guarda,  
Que si despiertas, huyen,  
Y se disipan vanas.

Así las ilusiones  
Lo mismo que las auras,  
Fingiendo mil delicias  
El corazon embargan;

Y si despierta en ellas  
Quiere gozar el alma,  
Se pierden fugitivas,  
Desaparecen raudas.

---

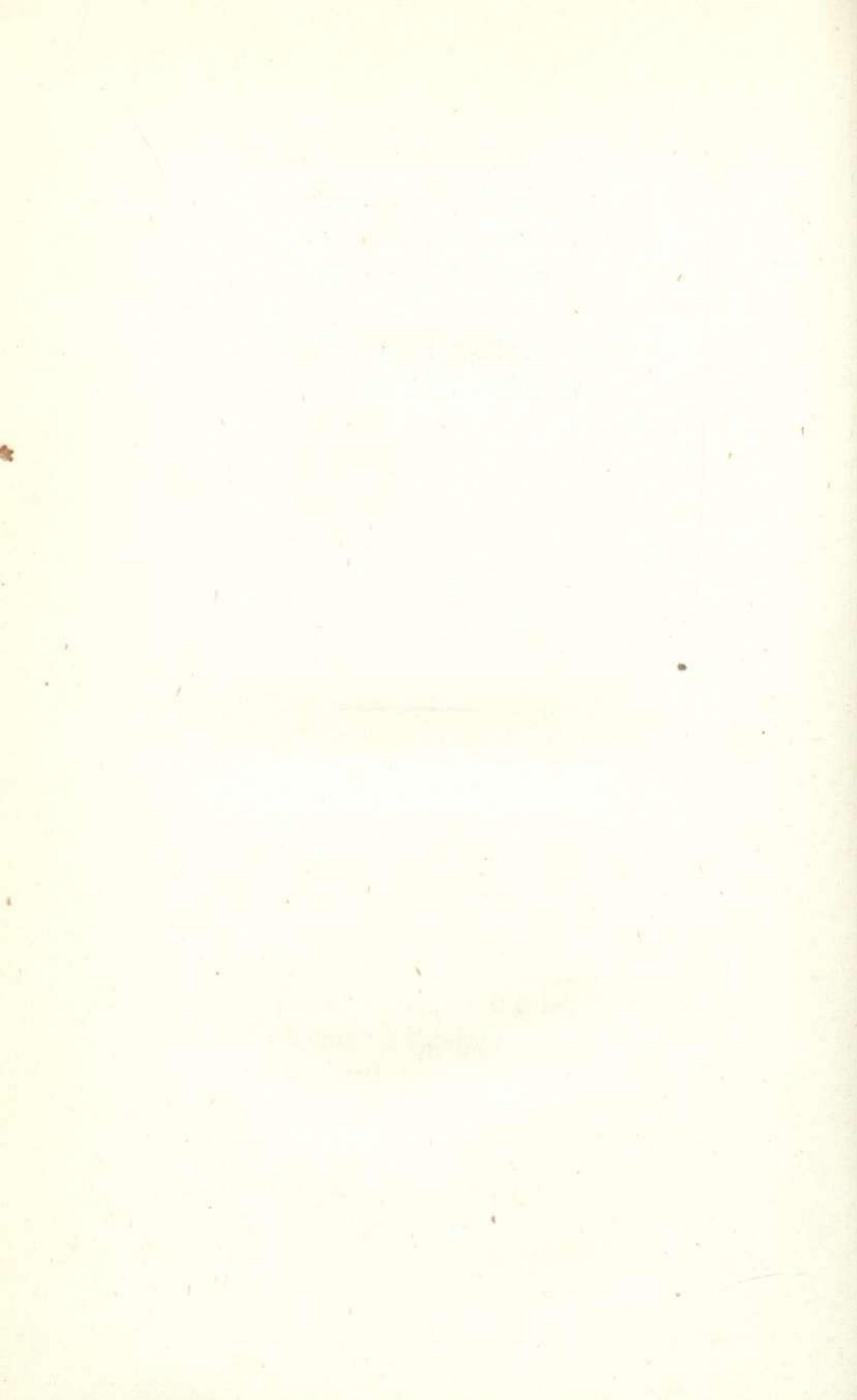
Tus ojos siempre tristes,  
Tu frente sosegada,  
Tu virginal sonrisa  
Y tus mejillas pálidas,

De cándidos ensueños,  
Y de ilusiones hablan.

Castos amores sueñas;  
Tú vives de esperanzas.  
Dichosa tú mil veces  
Si nunca despertaras.

¡Ay! son las ilusiones  
Lo mismo que las auras.

---



## EL LLANTO.

—¿Quién consuela á la tórtola,  
Que triste, enamorada,  
En los frondosos álamos,  
Con voz desconsolada  
Llora, de angustia trémula,  
Su ya perdido amor?

¿No derraman benéficas  
Las auras del estio  
Sobre las flores pálidas  
Consolador rocío?

¿Por qué no halla la tórtala  
Consuelo á su dolor?

---

—Dime, inocente Lálage,  
Que á tantos enamoras;  
Cuando en tu pecho cándido  
Sientes la pena, y lloras,  
Tu llanto melancólico  
¿No templa tu afliccion?  
Calma á la flor el céfiro,  
Al ruiseñor su canto,  
su gemir á la tórtola,  
Nuestras penas el llanto.  
¡Qué seria sin lágramas  
Del triste corazon!

## LAS DOS AMAPOLAS.

Nacieron juntas y vivieron solas  
De un valle ameno en la apartada orilla  
Dos tiernas amapolas.  
Y refiere la crónica sencilla,  
Que estas flores lozanas  
Se amaron inocentes  
Con el tranquilo amor de dos hermanas.  
Dióles benigno el cielo  
De belleza gentil rico tesoro;  
De reluciente púrpura las hojas,  
Negro boton y pétalos de oro,  
Virginal inocencia,  
De pudoroso afan tiernas congojas,  
Ligeros tallos y amorosa esencia.

Las brisas del estio  
Al despuntar el alba,

Coronaban sus frentes de rocío.  
 Solícita la malva  
 Era á sus pies inimitable alfombra;  
 Y con amante empeño,  
 Al disipar la sombra  
 De la niebla importuna,  
 Velaba inquieta su apacible sueño  
 La blanca luz de la naciente luna.

La crónica un momento  
 Deteniéndose en serias reflexiones,  
 Explica el sentimiento  
 Con que estrecha el amor dos corazones;  
 Y luego haciendo punto,  
 Porque al lector discreto no fatigue  
 Lo grave del asunto,  
 Así la fácil narracion prosigue.

Una mañana el cefirillo blando  
 Sediento del amor de la hermosura,  
 Se detuvo mirando  
 Aquel tesoro de inocencia pura;  
 Y dócil resbalando  
 Con afan indeciso  
 Entre sus hojas bellas,  
 Enamorarlas quiso,  
 Como él estaba enamorado de ellas.

Y sucedió, que al amoroso aliento  
 Con que el céfiro vago las mecia

Se inclinaron con débil movimiento  
 Por placer, por pudor, por cortesía;  
 Y él impaciente en tanto,  
 Viendo en sus ricas galas  
 Del virginal amor el dulce encanto,  
 Las ciñe con sus alas;  
 Y al deshacerse en inconstante giro,  
 Estampa en cada flor ardiente beso,  
 Les arranca un suspiro  
 Y huye veloz por el ramaje espeso.

Y cuando triste y de misterios llena,  
 De su pompa fugaz haciendo alarde,  
 Apacible y serena  
 Su manto de vapor tendió la tarde;  
 Abrazadas y solas,  
 Compartiendo su pena  
 Las dos enamoradas amapolas,  
 Esperaban que ansioso volvería  
 El céfiro lozano  
 En los suspiros últimos del día...  
 Y esperaban en vano;  
 Porque el céfiro ingrato no volvía.

Y en su amante impaciencia,  
 Por si á sentirla el cefirillo alcanza,  
 Llenaron el ambiente con su esencia,  
 En el postrero afán de su esperanza.  
 Y como es el amor dulce alimento  
 Del alma tierna para amar nacida,

Y la esperanza aliento  
 Que si llega á faltar, falta la vida;  
 Al derramar el alba sus fulgores,  
 De oriente abriendo las rosadas puertas,  
 Vió con hondo pesar entrambas flores  
 Coronadas de lágrimas... y muertas.

No dice mas la crónica, mas cabe  
 Aquí la presuncion—aunque salvando  
 Que con seguridad nada se sabe  
 Y solo se presume—  
 Que en ansia triste el ce firillo blando  
 Desde entonces se agila y se consume;  
 Y que por eso vaga  
 En perpétua inquietud, y ansioso llena  
 De lágrimas la flor á quien halaga;  
 Que por templar su pena  
 Continuamente gira,  
 Y mas crece el pesar que lo devora;  
 Que por eso en las márgenes suspira,  
 En las tendidas ramas se estremece,  
 Y en las espumas de la fuente llora;  
 Que su dolor mas crece  
 En el monte, en la vega,  
 En la flor que en su seno lo recibe;  
 Y que á tal punto su tormento llega,  
 Que eternamente sollozando vive.

---

## MELANCOLIA.

Suspiro de los ángeles,  
Alma de alma mia,  
Incomprensible espíritu,  
Dulce melancolia,  
Amiga del dolor;

Sobre tus alas trémulas  
Lleva mi pensamiento;  
Dame á beber tus lágrimas...  
Se templará un momento  
La fiebre de mi amor.



## NIÑAS Y FLORES.

Es la flor dulce cáliz  
Lleno de esencia;  
La niña un alma pura  
Toda inocencia;  
Y ambas lozanas,  
Una flor y una niña  
Son dos hermanas.

La flor guarda en su seno  
Líquida perla,  
Por si la niña alegre  
Quiere beberla.

Blancas y rojas  
Solo para la niña  
Tiende sus hojas.

---

Con cuantas auras cruzan  
La flor se orea;  
Y cuanto ve la niña  
Tanto desea;  
Que en sus amores,  
Son las niñas lo mismo  
Que son las flores.

---

Por si á la flor la niña  
Besando toca,  
Ambar lleva en sus labios  
Miel en su boca;  
Que son lozanas,  
Las niñas y las flores  
Dulces hermanas.

---

Las flores y las niñas  
Nunca se ofenden;  
Se acarician, se besan,  
Se hablan, se entienden;

Que en sus dolores,  
 Cuando las niñas lloran,  
 Gimen las flores.

—

Blando abril se corona  
 De rosas bellas:  
 Cogen las niñas flores  
 Juegan con ellas;  
 Pero jugando,  
 Las flores mas hermosas  
 Van deshojando...

—

Y hoy que las brisas huyen  
 Del valle umbrio,  
 Y el monte y la ribera  
 Seca el estio;  
 Las desohjadas...  
 Flores lloran las niñas  
 Desconsoladas.

—

¡Ay! cada niña llora  
 Su flor perdida:  
 Con su llanto quisieran  
 Darles la vida.  
 ¡Lágrimas vanas!...  
 Mas dejadlas que lloren,  
 Fueron hermanas.





## MELODIA.

---

### LA PALOMA.

De calor y tristeza fatigado  
Pasaba yo la siesta  
Sobre la verde margen reclinado,  
Á la sombra modesta  
Que dan las palmas que sustenta el prado.

Contemplaba los cielos  
Buscando allí la suspirada calma;  
Mezclaba yo tu nombre á mis desvelos...  
¡Tu nombre!... y con el alma  
Iban la duda y los amargos celos.

Y vi que resbalando  
Por la vecina loma,-  
Se vino á mí acercando  
Blanquísima paloma  
Al suave impulso de su vuelo blando.

Pero importuno el viento,  
La paloma sosegada  
Meció con repentino movimiento;  
Y huyó el ave asustada,  
Y en vano la siguió mi pensamiento.

¡Acaso me traía  
El bien que el alma espera?  
Ay, dime, Laura mia,  
Si fué tu mensajera?  
Dime si en nombre de tu amor venía.

---

## AMOR FILIAL.

---

MARIA.

I.

Sueltos los rizos suaves,  
Pudorosa la mejilla,  
Negros los rasgados ojos  
Y virginal la sonrisa,  
Como la sombra de un ángel  
Es pura y blanca Maria.  
Quince primaveras cuenta,  
Y una en que llora perdidas  
Sus risueñas esperanzas,  
Las maternales caricias.  
¡Ay! primavera de llanto,  
De sollozos... ¡Pobre niña!

:

## II.

Pálida está la doncella,  
Pálida triste y tranquila.  
Llora si dulces miradas  
En ella inquietas se fijan,  
Y corren lágrimas mudas  
De cuantos ojos la miran.  
La buscan por consolarla  
Y huye porque no la aflijan.  
Consuelo y amor le ofrecen  
Y amor y consuelo esquiva.  
Como en el valle y la fuente  
Pasa las horas del día,  
No cuida ya de sus flores  
Que olvidadas se marchitan;  
Y en vez de rosas, la frente  
Se ciñe de siemprevivas.  
¡Tan gentil, y tan hermosa,  
Y tan triste!... ¡Pobre niña!

## III.

Hay un arroyo en el valle  
Que ansioso se precipita,  
Llevando en triunfo sus ondas  
Dulces, sonoras y limpias;  
Y en un remanso apacible,  
Porque el correr le fatiga,

Al pie del valle detiene  
Su corriente cristalina;  
Y en el espejo que forma,  
Donde el cielo azul se pinta,  
Cuántas flores le rodean  
Por agradarle se miran:  
Y allá en el fondo suspensas  
Fantásticamente giran  
Las nieblas que se levantan  
De las montañas vecinas,  
Las mariposas inquietas  
Y las aves fugitivas.  
Y al soplo leve del viento,  
Temblando el agua indecisa,  
Finge las sombras que pasan  
Y finge luces que brillan;  
Y sombras y luces juntas  
Confunde á un tiempo y disipa,  
Y vuelve á brillar de nuevo  
Y se apaga y se ilumina.

## IV.

En la margen reclinada,  
Flor de su tallo caída,  
Fijos en el agua tiene  
Los tristes ojos Maria.  
Y el agua por distraerla,  
Por si sus penas alivia,  
Rompe el cristal bullicioso

En mil fantásticos prismas.  
Y en cada pliegue que forma,  
Y en cada ligera línea,  
Luces, sombras y colores  
Confundiendo multiplica.  
Mas ¡ay! solícita el agua  
Vanamente se fatiga,  
Que la niña la contempla  
Cada vez mas pensativa.  
Y ansiosos sus ojos buscan  
Allá en el fondo perdida  
Una imágen, una sombra,  
Una luz tan indecisa,  
Que sobre el azul del cielo  
Que temblando el agua pinta,  
Al resbalar por las nubes  
En las nubes se disipa.  
Imágen que entre las ondas  
Busca con afan la niña,  
Luz que deslumbra sus ojos,  
Sombra que ofusca su vista.  
Imágen y luz y sombra  
Que en agitacion continúa,  
Como relámpagos pasan  
Por las ondas cristalinas.  
Y cada vez mas ansiosas  
Mueven el agua las brisas,  
Y la niña la contempla  
Cada vez mas pensativa:  
Porque en el agua impaciente

Busca un rayo de alegría,  
 Una sombra de esperanza,  
 Una imágen... ¡Pobre niña!

## V.

Ya lejano el sol se esconde  
 Tras de las rocas vecinas;  
 Ráfagas cruzan el cielo  
 Rojas, blancas y amarillas.  
 Recoge el viento sus alas,  
 Flores y ramas se inclinan;  
 Y en las ramas y en las flores  
 Gimen las auras dormidas.  
 Y en la márgen reclinada,  
 Con ansiedad infinita,  
 Fijos en el agua tiene  
 Los castos ojos Maria.  
 Y el agua azul trasparente  
 Bañando el cauce tranquila,  
 Resbala como un espejo,  
 Sin un pliegue ni una línea.  
 Y en el fondo de las aguas  
 Clara, serena y distinta,  
 Allá en el cielo, entre nubes  
 Mira su imágen la niña.  
 Y doblando el dócil talle,  
 Y exclamando—«Madre mia»—  
 Une sus labios de rosa  
 Con los de su imágen misma.

Por eso junto á la fuente  
Pasa las horas del día.  
Busca á su madre y la encuentra:  
¡Gentil y dichosa niña!

## EL RUISEÑOR.

Oculto en las hojas,  
Trémulo de amor,  
Sus tiernas congojas  
Canta el ruiseñor.

---

Y sé, mas no sé cuándo  
Ni dónde aprendí,  
Que el ruiseñor cantando,  
Dice en su idioma así.

— ¡Pobre ruiseñor,  
Que muere de amor!

—

Ya rompe la aurora la niebla ligera.  
¡Qué hermoso es el campo, qué hermosa es la luz!  
¡Qué hermosa es la dicha del alma que espera:  
Dulce compañera,  
¡Qué hermosa eres tú!

—

Yo cruzo los espacios;  
Las copas de los árboles me sirven de palacios;  
Mi madre es la armonía,  
Mi padre es el amor:  
Yo soy, vida mía,  
Pájaro y flor.

—

Envidian las aves  
Mis trinos suaves:  
No saben cantar.  
Envidian las flores  
Mis tiernos amores:  
No saben amar.

—

¡Qué alma en el mundo  
De amores herida

Mi canto imitó!  
 Ay, de amor profundo,  
 Solo aquí, mi vida,  
 Sabemos tú y yo.

---

Tus alas suaves  
 Tiende sobre mí.  
 Envídiennos las flores y las aves.  
 Yo canto para tí.

---

¡Pobre ruiseñor,  
 Que muere de amor!

---

La palma y el sauce se mecen en calma.  
 Las ondas se tiñen de nacar y azul.  
 ¡Qué hermoso es el río y el sauce y la palma:  
     Alma de mi alma,  
     Qué hermosa eres tú!

---

Yo cuando canto vivo;  
 Es un raudal de música mi corazón altivo;  
 La luz es mi alegría,

Mi espíritu el calor;  
Que soy, vida mia,  
Pájaro y flor.

---

Tenemos un nido  
De plumas tejido,  
Que oculta en sus ramas gracioso laurel.  
Tú velas en tanto,  
Que al son de mi canto  
Piando se duermen mis hijos en él.

---

No saben  
En dónde  
Se esconde  
Este tesoro que el amor nos dió.  
Ay, es un secreto  
Que oculto en los ramos  
Guardamos  
Tú y yo.

---

¡Qué alegres, qué bellos  
Reposan allí!  
Vela tú, mi vida, vela tú por ellos;  
Yo velo por tí.

¡Pobre ruiseñor,  
Que muere de amor!

---

Ya ocultan las flores sus cálices rojos,  
Inundan los cielos torrentes de luz;  
Busquemos la sombra, si el sol te da enojos.  
La luz de mis ojos,  
Mi vida, es eres tú.

---

Leve y parda es mi pluma,  
Mi voz es la del céfiro, que gime entre la espuma;  
Es mi contento el día,  
La noche es mi dolor;  
Que soy, alma mía,  
Pájaro y flor.

---

Áltiva es el águila,  
Tierna la paloma,  
Gayarda y ligera  
La garza real;  
Mas tú eres mi espíritu:  
Para mí en el mundo,  
Gentil compañera,  
No tienes igual.

Cuán rico tesoro  
Me ofreces, bien mio,  
Temblando de placer,  
Cuando bebo en tu pico de oro  
La gota de rocío,  
Que templá mi sed.

---

Mis hijos ufanos  
Se miran en tí;  
A amarte tus hijos  
Aprenden de mí.

---

¡Pobre ruiseñor,  
Que muere de amor!

---

Ay, ya se levanta del valle sombrío  
La tarde vestida de blanco y azul.  
¡Qué triste está el cielo y el monte y el río!  
Dulce dueño mio,  
¡Qué triste estás tú!

---

Las auras sosegadas  
Llevan en blandos círculos mis notas apagadas:

Mi última armonía  
El último suspiro de mi amor:  
Yo muero con el día,  
Que soy, vida mía,  
Pájaro y flor.

---

Ven al ramaje espeso  
Que guarda nuestro nido;  
Quiero morir en él.  
Dame el último beso;  
Que recojan mi último gemido  
Las hojas de laurel.

---

¿Qué alma en el mundo  
De amores herida  
Mi canto imitó?  
Ay, de amor profundo  
Solo aquí, mi vida,  
Sabemos tú y yo.

---

Hará tu llanto  
Que mis hijos bellos  
Se acuerden de mí:  
Enséñales los tonos de mi canto;

Tú, vive por ellos:  
Yo muero por tí.

---

¡Pobre ruiseñor,  
Que muere de amor!

---

## LOS LIRIOS AZULES.

Si amor, que tantas veces  
Pena y placer confunde,  
Derramara en mi pecho  
Sus tiernas inquietudes;  
Sea aquella á quien mi alma  
Su adoracion tribute,  
Mas blanca que la nieve,  
Con que el invierno cubre  
Las solitarias crestas  
De las lejanas cumbres;  
Mas dócil que la palma,

Mas pura que el perfume,  
Que al despertar la aurora  
Por el ambiente sube;  
Y el color de sus ojos,  
Cariñosos y dulces,  
Del color de las hojas  
De los lirios azules.

---

Nunca, vírgen modesta,  
Mas tu hermosura luce,  
Que cuando la alba frente  
Graciosamente encubres  
Con las hojas suaves  
De los lirios azules.

---

Tú, virginal doncella,  
Que con mirar seduces,  
Y de hermosos cabellos  
Orgullosa presumes;  
Si quieres que tus rizos  
Por lo negros deslumbren,  
Por lo brillantes cieguen,  
Venzan por el perfume;  
Deja que sueltos caigan  
Y que tu seno innunden;  
Y á tu capricho esmalta

Los abundantes bucles  
 Con las hojas mas frescas  
 De los lirios azules.

—

Jamás, cándida niña,  
 En cuya boca dulce  
 La gracia y la inocencia  
 Riendo se confunden,  
 El ámbar de tus labios  
 Mas puro se difunde,  
 Que cuando en dócil beso  
 Tu fresca boca unes  
 Á las hojas brillantes  
 De los lirios azules.

—

Tú, tierna desposada,  
 Que en tu inquietud descubres,  
 Que de los castos sueños  
 El término se cumple,  
 Y que un bien se realiza  
 Y una esperanza huye;  
 Si anhelas, porque es germen  
 De amor y de virtudes  
 Conservar la pureza  
 Cuando el placer apures;  
 Bebe el blando rocío,

:

Con que la tarde cubre  
 Las entreabiertas hojas  
 De los lirios azules.

---

No sé qué misterioso  
 Secreto encanto infunde  
 El color de las hojas  
 De los lirios azules.

---

Mas ¡ay! azul es siempre  
 La pudorosa nube  
 Donde la aurora oculta  
 Sus misteriosas luces;  
 Azul es la primera  
 Lágrima que discurre  
 Por la suave mejilla  
 De la vírgen que sufre  
 De su primer deseo  
 Primeras inquietudes;  
 De azul visten los montes  
 Sus empinadas cumbres,  
 Por donde nace el día,  
 Por donde el sol se hunde;  
 Azules son las alas  
 Del tímido querube,  
 Que enciende en las estrellas

Su vaporosa lumbre;  
En azules caprichos  
Inquieto se consume  
El humo del incienso  
Que por el aire sube;  
Azul es la alegría  
Que la inocencia infunde,  
Y es azul la esperanza;  
Los cielos son azules.

---

No sé qué puro encanto  
Al corazón descubre  
El color de las hojas  
De los lirios azules.

---



## EL ÁLAMO BLANCO.

Mientras el aura del ardiente estio  
Derramaba con vuelo fatigado,  
Sobre la mística majestad del prado  
De la alba aurora el virginal rocío;

Besando el agua del raudal umbrio  
Á la sombra de un álamo apartado,  
Hablaban en murmullo sosegado  
El árbol bello y el sonoro río:

—Si el céfiro de abril huyó ligero,  
 Qué espíritu divino te alimenta  
 Y hace perpétuo tu verdor primero!

—Yo presto sombra cuando el sol calienta,  
 Rasgo del aire el torbellino fiero  
 Y el bien que hago mi verdor sustenta.

X LA MAÑANA Y LA TARDE.

La cándida mañana es la alegría,  
Ufano el mundo muestra su riqueza  
Al resplandor del día:  
La tarde es la tristeza.

—

La misma luz que en el risueño prisma  
De la gentil mañana en ondas arde,  
La misma luz, la misma,  
¡Qué triste es á la tarde!

—

Todo es alegre en la mañana hermosa  
Que el cielo, el mar y las montañas viste  
De nacar y de rosa;  
Todo en la tarde es triste.

Tú eres la luz gentil, risueña y vaga  
De que hace el alba azul altivo alarde,  
Yo soy luz que se apaga,  
Soy vapor de la tarde.

---

Tú eres gérmen de amor y de belleza,  
Yo sombra triste de la pena esclava,  
Tú eres vida que empieza,  
Yo soy vida que acaba.

---

El sol te sigue y con su lumbre bella  
Tu sien corona sonrosada y pura;  
Sigue en pos de mi huella  
Ciega la noche oscura.

---

Tú vas con tu inocencia alborozada,  
Yo á mi oscuro saber no me acomodo:  
Tú aun no has visto nada;  
Yo lo he visto ya todo.

---

## LA MAGNOLIA.

Recoge la magnolia  
Sus hojas bellas,  
Cuando al romper el día  
La luz despierta;  
Pero las abre  
Cuando sus tristes sombras  
Tiende la tarde.

—

Cuentan que altivo el soplo  
De la mañana  
Quiso en sus hojas frescas  
Posar las alas:  
Y en vano quiso,  
Que ella cerró sus hojas  
Al aire altivo.

El rocío impaciente  
Deshecho en perlas,  
Quiso también ansioso  
Mecerse en ellas:  
Mas, la magnolia  
También cerró al rocío  
Sus castas hojas.

---

En vano el rayo hermoso  
Del alba pura,  
Su puduroso cáliz  
Brillando busca;  
Ni el aire leve,  
Ni la luz, ni el rocío....  
Nadie la vence.

---

Tiende la tarde lenta  
Su sombra triste,  
Y entre los ramos sueltos  
El viento gime;  
Vuela perdido  
Derramando en las flores  
Muchos suspiros.

---

La magnolia las hojas  
Entreabrió ufana;  
Y el viento enamorado  
Le robó el alma:  
Y desde entonces  
Sus blandas hojas abre  
Solo de noche.

---

Niña alegre y ligera,  
Tímida y casta;  
Mas que el laurel lozano  
Fresca y gallarda,  
Á mis suspiros  
Abre las castas hojas  
De tu cariño.

---

Yo el vientecillo puro  
Seré suave,  
Que nace cuando triste  
Muere la tarde.  
Vaga en la sombra  
¿Quieres, tú, dulce niña,  
Ser la magnolia?

---



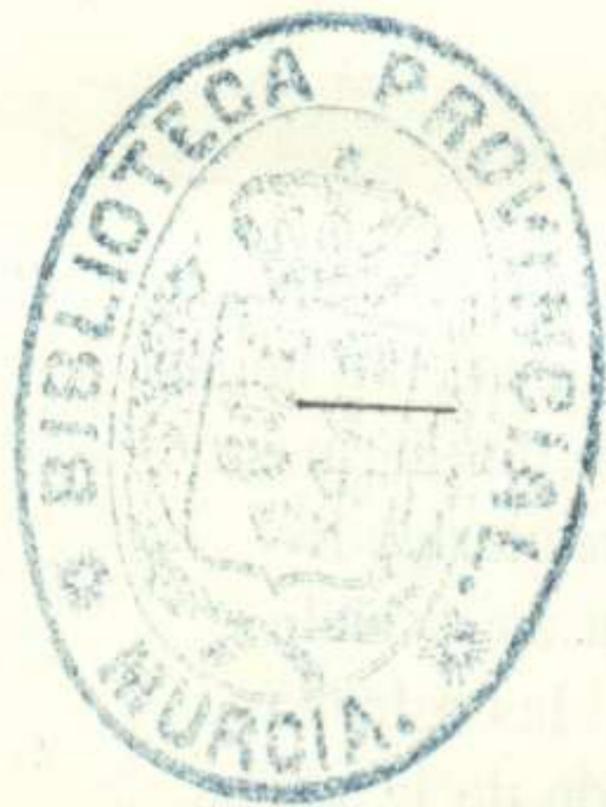
## LAS ESTRELLAS.

—¿Por qué siendo tan puras,  
Tan tímidas, tan bellas,  
Y siendo tan hermosa  
Su dulce claridad,  
Asoman en el cielo  
Las pálidas estrellas  
Buscando de la noche  
La triste oscuridad?

—Honestas como el rayo  
De tu infantil mirada,  
Tan castas como el fuego  
De tu amoroso afán,

Alumbran de la noche  
La sombra sosegada  
Y en pudoroso brillo  
Sus resplandores dan.

—¿Qué son esas estrellas,  
Decid, que mi alma adora?  
¿Por qué miro yo tanto  
Su intenso resplandor?  
—Son lágrimas que el cielo  
Sobre la tierra llora.  
—¿Son lágrimas de pena?  
—Son lágrimas de amor.



## LA GOLO NDRINA.

Luz, la graciosa aldeana  
Que al nacer la primavera,  
Vió subir á su ventana  
La brillante enredadera  
Que fué su encanto y su amor.

Hoy que al soplo del verano  
La planta gentil espira  
Perdido su adorno vano,

Luz la contempla y la mira  
Sin asombro y sin dolor.

---

Y abre su casta ventana  
La doncella encantadora,  
Cuando la niebla lejana  
Tímidamente colora  
La luz del amanecer.

Y tendiendo el vuelo leve  
Desde la acacia vecina,  
Sobre sus hombros de nieve  
Se posa una golondrina  
Con afanoso placer.

---

Ave azul, blanca y ligera  
Que vuela en pos del estío;  
Ave que va pasajera,  
Como el pensamiento mío,  
Buscando luz y calor.

Ave que rizado y bello,  
Para inspirar confianza,  
Lleva prendido en el cuello  
Un lazo verde esperanza,  
Prenda segura de amor.

Ave de incansable aliento,  
Que atrás en su vuelo extraño  
Se deja el rápido viento;  
Ave impaciente que al año  
Cruza dos veces la mar.

Ave que dice sus quejas  
En breves notas al río;  
Ave que bajo las tejas  
Del antiguo caserío  
Vuelve su nido á colgar.

—  
Ave llena de misterio,  
Que al morir la tarde canta  
En la cruz del Monasterio  
Que atrevido se levanta  
Sobre el rasgado peñon.

Ave de afanosa vida,  
Ave azul y voladora,  
Ave en el mundo perdida,  
Ave en fin que Luz adora  
Con todo su corazón.

—  
Y es bello ver cómo tiende  
Del ala la corva pluma,

Y haciendo un lazo se prende  
Sobre aquel seno de espuma,  
Donde tranquila se está.

Y es tierno el ver la delicia  
Con que la hermosa doncella  
Con sus manos la acaricia;  
Cómo mirándose en ella  
Tímidos besos le da.

---

Tierno corazon de ave,  
En donde el amor se anida;  
Golondrina que no sabe  
Que aquí en el mundo se olvida  
Un amor por otro amor.

Y de su cariño ufana  
No ve el ave pasajera,  
Que la inconstante aldeana  
Olvidó á la enredadera  
Para ganar su favor.

---

Y luz, rayo de la aurora  
En su amante sentimiento,  
Olvida tal vez ó ignora,

Que las aves son del viento  
Y que tras el viento van.

No ve que la golondrina  
Que hoy cautiva su albedrío,  
En un ave peregrina,  
Que apenas pase el estío  
Tras él sus alas irán.

---

Pero acude á su ventana  
La doncella encantadora,  
Cada vez que la lejana  
Tímida niebla colora  
La luz del amanecer.

Y dejando el frágil lecho,  
Desde la acacia vecina  
Viene á posarse en su pecho  
La impaciente golondrina  
Con afanoso placer.

---

Y buscando inquieta en donde  
Apagar su sed ansiosa,  
El pico entreabierto esconde  
Entre los labios de rosa  
De la doncella gentil.

Y por templar el exceso  
De su inquietud, Luz temblando,  
La deja beber un beso,  
Húmedo, apacible y blando  
Como las auras de abril.

---

Golondrina, cuando el cielo  
Siegue la flor del verano,  
Y lleves tu raudo vuelo  
Hacia otro clima lejano  
Buscando luz y calor;

Dale otro amor á tu vida:  
No vuelvas, desventurada,  
Que es hermosa Luz y olvida;  
Y tú, ave enamorada,  
Eres su segundo amor.

---

## LA IMÁGEN.

Balcones y ventanas  
Mi madre cierra,  
Que mi madre no quiere  
Que yo te vea;  
Y es que no sabe,  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imágen.

—

Entra por las junturas  
De mi ventana

La claridad suave  
Que enciende el alba,  
Y yo al sentirla  
Despierto y me parece  
Que tú me miras.

---

No pases por debajo  
De mis balcones,  
Que mi madre no quiere  
Que yo me asome;  
Pero ya sabes  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imágen.

---

El sol ardiente y puro,  
Risueño y claro  
Entra por mis ventanas,  
Baña mi cuarto;  
Canto de gozo,  
Que es tu amor el que llena  
De luz mis ojos.

---

Balcones y ventanas  
Mi madre cierra,

Que mi madre no quiere  
Que yo te vea;  
Porque no sabe  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imágen.

---

Un álamo gallardo  
Da sombra al huerto,  
Y en sus inquietas ramas  
Suspira el viento;  
Presto el oído  
Y escucho el eco dulce  
De tus suspiros.

---

No pases por debajo  
De mis balcones  
Que mi madre no quiere  
Que yo me asome,  
Pero tú sabes  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imágen.

---

Al pie de los rosales,  
Formando espuma,

Corre el agua ligera,  
Salta y murmura;  
Yo al escucharla  
Oigo el tierno murmullo  
De tus palabras.

---

Balcones y ventanas  
Mi madre cierra,  
Que mi madre no quiere  
Que yo te vea;  
Y es que no sabe  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imagen.

---

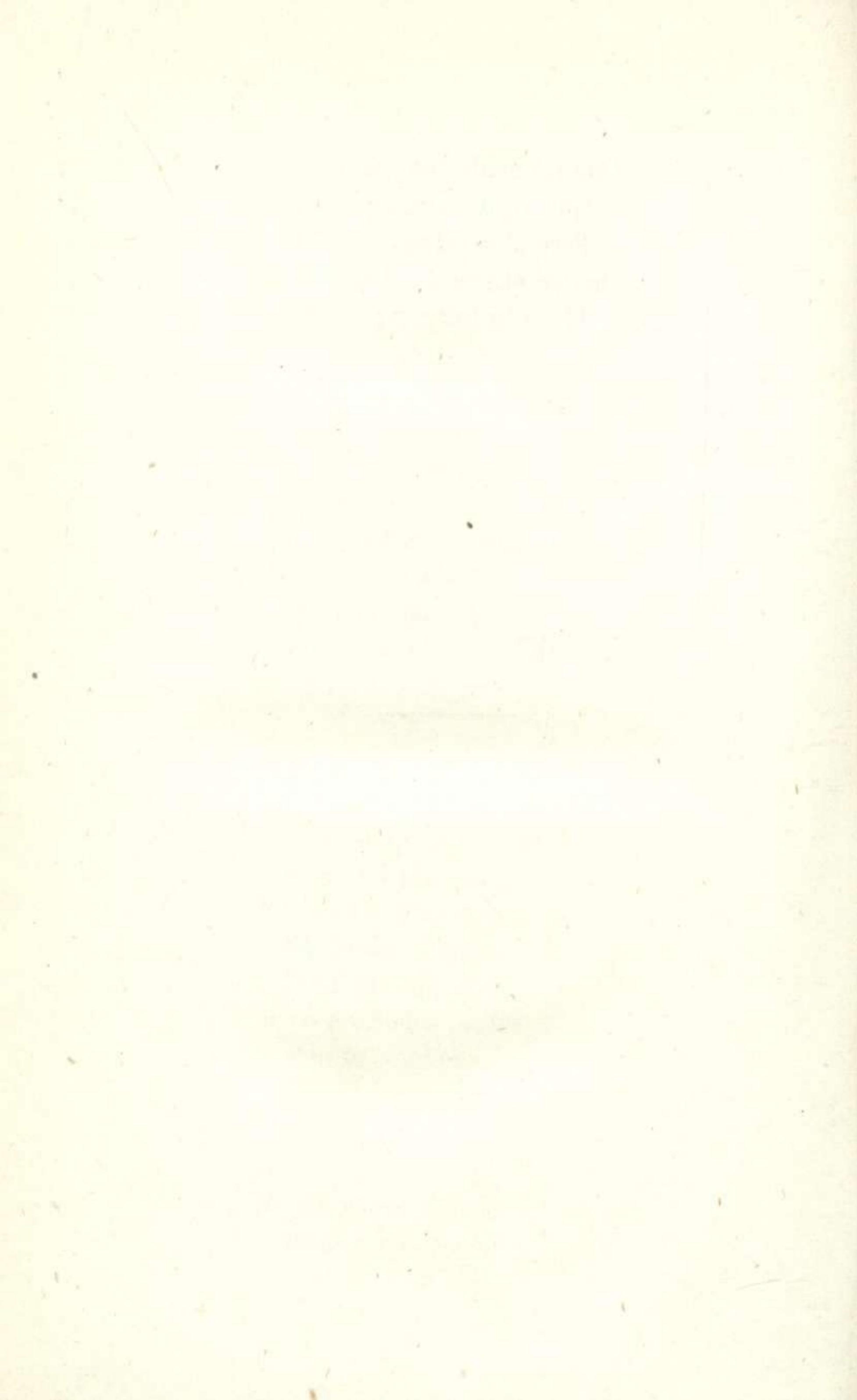
En las cumbres lejanas  
La tarde muere,  
Y la noche tranquila  
Su sombra tiende;  
Pero qué importa  
Si yo por todas partes  
Veo tu sombra.

---

No pases por debajo  
De mis balcones,

Que mi madre no quiere  
Que yo me asome;  
Pero bien sabes  
Que en el fondo del alma  
Llevo tu imágen.

---



## LA ESTRELLA DE LA MAÑANA.

Niña, que en dulce placer  
Duermes tus sueños de amores,  
Despierta si quieres ver  
Cómo despiertan las flores.

Deja el sueño.  
¿Por qué en dormir, alma mía,  
Tanto empeño?

Mira que ya viene el día,  
 Y que yo tras él me voy  
 Envuelta en nubes de grana.  
 Despierta, niña; yo soy  
 La estrella de la mañana.

---

¿Tú no sabes, niña hermosa,  
 Que cuando el alba despierta,  
 Se viste de oro y de rosa  
 Para llamar á tu puerta?  
 Y que en tanto  
 Que del crepúsculo umbrio  
 Rasga el manto,  
 Tibias gotas de rocío  
 Para tí vertiendo voy  
 Sobre la márgen lozana?  
 Despierta, niña, que soy  
 La estrella de la mañana.

---

De pura mi luz presume,  
 Me trae la aurora en su frente;  
 Vengo llena de perfume  
 De las regiones de Oriente.  
 Traigo flores,  
 Ambar, perlas y ambrosia,  
 Luz, colores,

Para que se adorne el día.  
 Por donde quiera que voy  
 Disipo la niebla vana.  
 Despierta, niña; yo soy  
 La estrella de la mañana.

—

Aquí te aguardo en el cielo  
 Con amorosa impaciencia,  
 Para regalarte un velo  
 De color de la inocencia.

Niña, advierte  
 Que el sueño que en tí se anida  
 Es la muerte,  
 Y yo te traigo la vida.  
 ¿Por qué así te duermes hoy?  
 ¿Qué triste ensueño te afana?  
 Despierta, niña, que soy  
 La estrella de la mañana.

—

Verás cómo rompe el día  
 Blanco, azul y carmesí:  
 Traigo de amor y alegría  
 Un tesoro para tí.

Ay, despierta.  
 Tu sueño me causa enojos:  
 Llamando estoy á tu puerta.

Para mirarme en tus ojos.

Aquí estoy:

Todo mi luz lo engalana.

Despierta, niña; yo soy

La estrella de la mañana.

## MELODIA.

Yo te ví, Laura mia,  
Del valle en la espesura  
Cantar alegre al asomar el día;  
Y admiré tu hermosura,  
Y bendije la paz de tu alegría.

---

Y yo te ví llorando  
Cuando su luz de oro  
Iba la tarde triste derramando:  
Desde entonces te adoro;  
Desde entonces, mi amor, te voy buscando.



## LA PALMA.

Planta graciosa  
De suelto talle,  
Virgen del valle,  
Palma gentil.

En tí se mira el sol del mediodia,  
Buscando vienen desde el soto ameno  
Las palomas tu dulce compañía;  
Reposan en tu seno  
Mayo y abril.

Cubre tus ramos  
Fruto de oro,

:

Fresco tesoro  
De ámbar y miel.

Pace á tus pies el tímido cordero  
Y el cespced tiende su rizada alfombra,  
Y en ella salta el manantial ligero;  
Rico bajo tu sombra,  
Brotta el laurel

---

Verde corona  
Ciñe tu frente.  
Vírgen de Oriente,  
Palma inmortal.

Suelta y graciosa en el ambiente ondeas;  
Es sobre tí la niebla fugitiva  
El manto de las vírgenes hebreas;  
En tí circula altiva  
Savia real.

---

Al sol que muere,  
Sobre tus galas  
Tiende sus alas  
Cándida Hurí.

Si al trémulo volar del aura inquieta

Los tiernos ayes de tu amor confias,  
Las cuerdas son del arpa del profeta  
Que en blandas melodias  
Gimen en tí.

---

El agua pura,  
Que á tu pie anida,  
La alondra herida  
Viene á beber.

El águila cortando el vuelo incierto  
Sobre tus ramas dóciles reposa,  
Y el árabe perdido en el desierto,  
Con tu raiz jugosa  
Calma su sed.

---

Yerba suave  
Sobre la arena  
Tu sombra amena  
Hace brotar.

Tú ves las soledades abrasadas  
Que aire de fuego sin cesar fatiga:  
Las hijas de Sion desventuradas  
Bajo tu sombra amiga  
Van á llorar.

Aquí mas pura  
Alzas la frente,  
Virgen de Oriente,  
Palma gentil.

Que aquí el pichon y la paloma bella  
Se enamoran en dulce confianza,  
Y alegre aquí la cándida doncella,  
Sus sueños de esperanza  
Viene á dormir.

Palma graciosa  
De suelto talle,  
Virgen del valle,  
Planta real;

Ufano de tu dócil gentileza  
Prendió en tus ramas el pudor su velo,  
Símbolo del amor y la pureza,  
Para adorarte el cielo  
Te hizo inmortal.

## MISTERIOS DEL AMOR.

### I.

El ángel de mis ensueños,  
La vírgen que adora el alma  
Tiene los ojos azules,  
Tiene las mejillas pálidas.

Y apenas tímida y pura  
Asoma en Oriente el alba

Bajo los sauces del río  
Llega, suspira y me aguarda.

Mira impaciente hácia el bosque  
Si gimen en él las auras,  
Torna á mirar la ribera  
Si en ella murmura el agua.

Y cuando mi voz de lejos  
Siente que ansiosa la llama,  
Fingiéndolo esquivar, los ojos  
Como indiferente aparta.

---

## II.

El encanto de mis ojos,  
La vírgen que adora el alma,  
La de los blondos cabellos  
La de la sonrisa cándida;

Cuando en la siesta tranquila  
El sol su fuego derrama,  
Llega á la sombra apacible  
Que dan al soto las palmas.

Con tierna inquietud escucha  
Si gime el viento en las ramas;  
Llena de amor se estremece  
Si tiernas las aves cantan.

Y al sentir cerca mis pasos  
Que por la loma resbalan,  
El talle gentil reclina  
Sobre la menuda grama;

Y fingiendo dulce sueño,  
Que mal oculta sus ansias,  
Vela el azul de sus ojos  
Con los párpados de nacar.

## III.

La dulce luz de mi vida,  
La vírgen que adora el alma  
Ciñe de rosas su frente,  
Viste de amor sus palabras.

Apenas la tarde espira  
Sobre las cumbres lejanas,  
Al pie del álamo blanco  
Llega, suspira y me aguarda.

Escucha, si el eco vago  
Murmura voces extrañas,  
Mira, si en la sombra inquieta  
Dobla sus tallos la malva.

Y alzando al cielo los ojos  
Reza, suspira y aguarda;  
Que su inquietud es de celos,  
Y de amor es su esperanza.

Cada murmullo la agita,  
Cada suspiro la calma;  
Y con triste desaliento  
Murmura al fin: «¡Cuánto tarda!»

Oculto yo entre los ramos  
De las vecinas acacias,  
Rompiendo el manto de hojas  
Pongo término á sus ansias.

Al verme la faz inclina,  
Tiembla, quiere hablar y calla;  
Y de sus hermosos ojos  
Brotan á un tiempo dos lágrimas.

Asoma entonces la luna,  
Gime el céfiro en las aguas;  
Y entre mis brazos sonrie  
La vírgen que adora el alma.

---

## LA SENSITIVA.

Un cefirillo lozano,  
Que rico encanto atesora,  
Hijo de la blanca aurora  
Y de las auras hermano:

Tendiendo el ala ligera  
En blando apacible giro,  
Es el último suspiro  
De la alegre primavera.

No hay planta bella ni hay flor  
Que sus caricias esquive;

La que sus besos recibe  
Llora esclava de su amor.

Que en la inquietud de su vida  
Tal sed de amar lo devora,  
Que á cuantas besa enamora,  
Y á cuantas seduce olvida.

Y en su gentil arrogancia,  
Ya enamorado, ya esquivo,  
Le presta doble atractivo  
Su caprichosa inconstancia.

É invencible en sus amores  
Y en sus olvidos cruel,  
Viven mirándose en él  
Arroyos, plantas y flores.

Y en las verdes soledades  
Desde el valle al soto umbrio,  
Va rindiendo á su albedrio  
Bellezas y voluntades.

Devoran por él distintos  
Celos de amantes infieles,  
Los lirios y los claveles,  
Los nardos y los jacintos.

Que en su amorosa inquietud  
Flor á quien su aliento llega,

Enamorada la entrega  
Su hermosura y su virtud.

Todas á su impulso giran,  
Todas con ansia le adoran;  
Las mas inocentes lloran,  
Las mas soberbias suspiran.

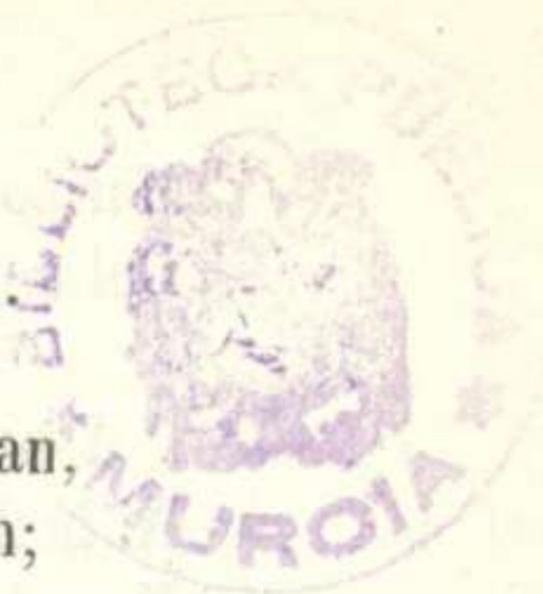
Y cada cual impaciente,  
Para que repose en ellas,  
Le tiende sus hojas bellas,  
Que él agita indiferente.

Unas, le llaman su bien,  
Otras, amor de los cielos;  
Y mal ocultan sus celos  
Las que le fingen desden.

Que mueren en honda pena  
Desdeñadas á porfia,  
La rosa de Alejandria  
Y la cándida azucena.

Coge á su paso el rocío  
Que como siervos le ofrecen  
Mimbres y juncos que crecen  
En las márgenes del río.

Y le siguen voladoras,  
Tras de sus alas ligeras,



Mariposas, mensajeras  
Del amor de sus señoras.

Y no hay ternura ni afán,  
Ni belleza que le inquiete;  
Y no hay amor que sujete  
Al inconstante galán.

Que en la inquietud de su vida  
Tal sed de amor lo devora,  
Que á cuantas besa enamora,  
Y á cuantas seduce olvida.

## II.

Solo á su altivez esquiva,  
Indiferente á su fama,  
Brotó entre la verde grama  
Solitaria sensitiva.

Y el céfiro, sabedor  
De que á su imperio resiste,  
Con nuevas galas se viste  
Por seducirla mejor.

Las alas con fácil brio  
En los jacintos perfuma,

Y arrastra encajes de espuma,  
Y ciñe perlas del río.

Y lleva en vuelos suaves,  
Como tributos de amores,  
Las esencias de las flores  
Y los trinos de las aves.

Á la sensitiva llega  
De afan y arrogancia lleno,  
Y desde el collado ameno  
Sueltas las alas despliega.

Y pasa en blando rumor  
Y la saluda y suspira...  
Y vuelve... y en torno gira  
De la indiferente flor.

Sujeta el vuelo impaciente,  
Posa sus alas en ella,  
Y le parece mas bella  
Cuanto mas indiferente.

Mintiendo amantes congojas  
La estrecha tímido y blando,  
Quiere besarla, y temblando  
Cierra la planta sus hojas.

Por si su rigor mitiga,  
En suspiros se deshace;

Y es inútil cuanto hace,  
Ni la vence ni la obliga.

Mas el amor lo devora,  
Cuanto ella mas se defiende;  
Porque si es desden le ofende,  
Y si es pudor lo enamora.

Y no se rinde á su ruego,  
Ni la vence su porfia;  
Y dicen que pasa el dia  
Enamorándola ciego.

Y que humilde en vez de altivo,  
El vuelo apenas levanta,  
De la pudorosa planta  
Entre las hojas cautivo.

Y las flores, sabedoras  
De tan extraños amores,  
Murmuraron; que las flores  
Son tambien murmuradoras.

Mas pronto cesó el rumor  
De aquel murmullo indiscreto,  
Y aprendieron el secreto  
Con que se vence en amor.

---



## LA NUBE DE VERANO.

Yo la he visto tranquila, suelta en blancos celajes,  
De su impalpable velo rasgado el ancho tul,  
Tender con indolencia magníficos encajes  
De la áspera montaña por el contorno azul.

Y recatada y llena de vaporoso encanto  
Alzarse lentamente con noble majestad,

Perdidas en el aire las ondas de su manto,  
Cruzar de las montañas la agreste soledad.

---

Y á la mirada ardiente del sol que la enamora  
Ví reflejarse en ella las tintas del pudor;  
Como muestra la vírgen su faz encantadora,  
Al teñirla de púrpura los rayos del amor.

---

Y el sol, en su hermosura y en su cariño ciego,  
La coronó de rayos sediento de placer;  
Y desgarró su manto y la abrasó en su fuego,  
La suspendió en el aire y fecundó su ser.

---

Temblaron comprimidos los vientos bramadores,  
Resonando en los ecos con desmayado afan;  
Y vestida la nube de sombras y colores  
Sintió bajo sus alas gemir el huracan.

---

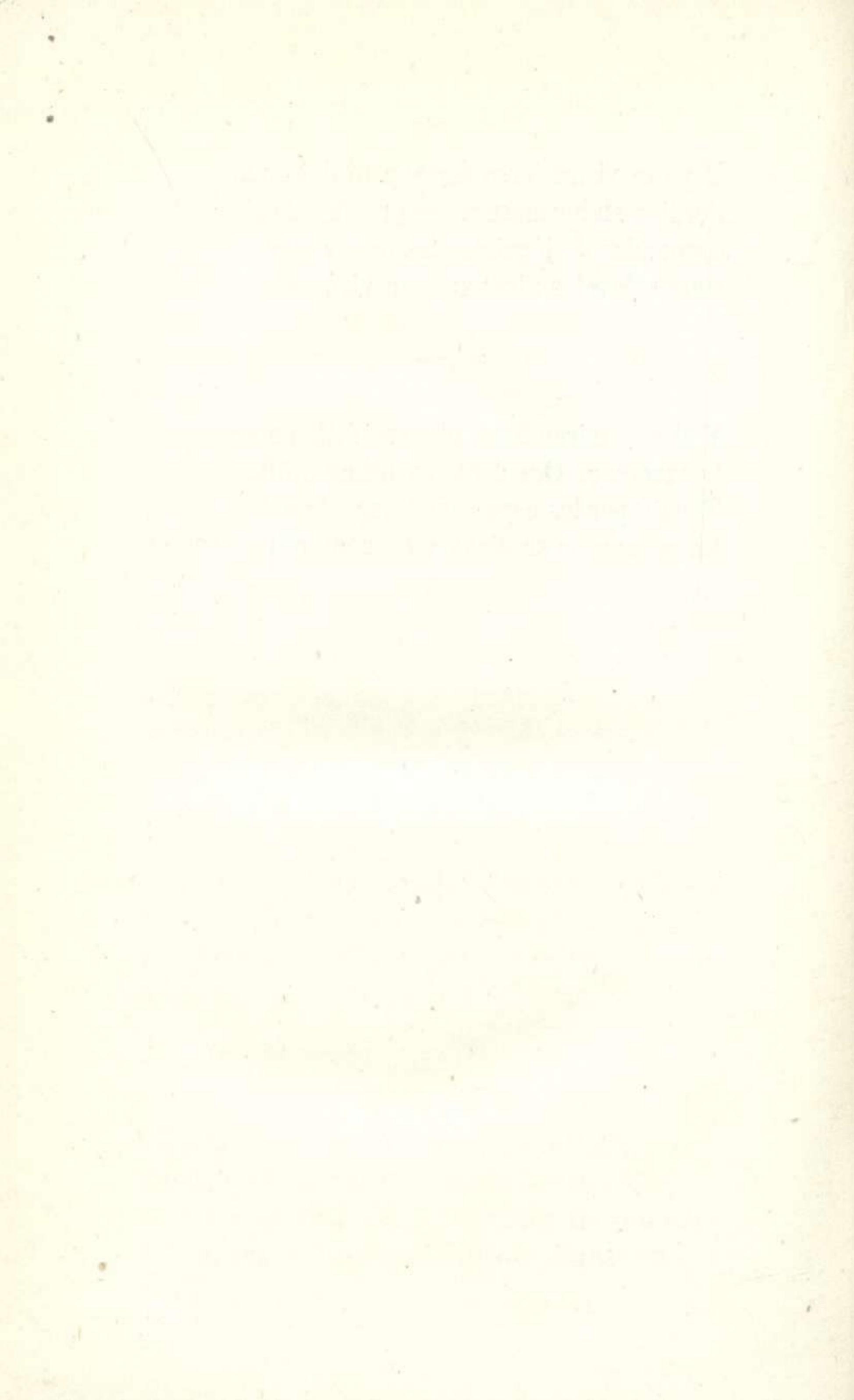
Y derramó su manto de púrpura brillante,  
Y reflejó en las aguas su sombra y su color;  
Y se deshizo en lluvia, y arrebató inconstante  
Relámpagos y truenos su aliento abrasador.

Y yo la ví tenderse por el azul del cielo  
Perdida su hermosura, su gracia celestial,  
Coronadas de lágrimas las ondas de su velo,  
Rota sobre los aires su toca virginal.

---

Y el sol, mirando en ella sus últimos amores,  
Lanzando en Occidente su trémulo fulgor,  
Tendió por los espacios el arco de colores  
En prenda de su dicha y en nombre de su amor.

---



## EL CREPÚSCULO.

Como brilla en los hermosos  
Azules ojos de Lálage,  
Bajo sus leves pestañas  
Una lágrima inefable;  
Asi al espirar el dia,  
Entre ligeros celajes  
Brilla en el azul del cielo  
El lucero de la tarde.

---

Todo es aroma en las flores,  
Todo es arrullo en las aves,

Toda es murmullos el agua,  
 Todo es suspiros el aire.  
 Dócil niebla se suspende  
 Por los contornos del valle;  
 Como la dicha ligera,  
 Como la esperanza frágil.  
 Y entre la luz y la sombra  
 En lágrimas se deshace,  
 Como el amor de una vírgen,  
 Como el aliento de un ángel.

---

De las desiertas montañas  
 Sobre las cumbres salvajes,  
 Á reposar en sus nidos  
 Van las águilas reales;  
 Y á las vertientes risueñas,  
 Que forman distintos cauces,  
 Á beber sus aguas limpias  
 Baján palomas torcaces.  
 Todo es esencia en las flores,  
 Todo es arrullo en las aves,  
 Toda es sollozos el agua,  
 Todo es gemidos el aire.

---

La luz y la sombra juntas  
 Confundidas se reparten,

Y de la luz y la sombra  
 Tibio el crepúsculo nace.  
 Del cercano caserio  
 Sube en blancas espirales  
 El humo que se dilata  
 Y se pierde al dilatarse.  
 Juntos la noche y el día  
 La luz y la sombra parten;  
 Y cubren los horizontes  
 De caprichosos encajes.

---

Hora de triste esperanza,  
 Llena de encantos fugaces,  
 De dulce melancolia,  
 De misterio impenetrable.  
 Tú apareces en el cielo  
 Húmeda, lenta y suave,  
 Como en el alma abrasada  
 Del bien perdido la imagen.  
 Tú vienes todos los días  
 Triste, ligera, impalpable,  
 Como un recuerdo lejano  
 Que en la memoria se abre.

---

Tras de tí van las estrellas,  
 Y llevas el sol delante,

Se apaga el día en tu velo,  
De él mismo la noche sale.  
Mezclas la luz y la sombra,  
Y en tí son inseparables,  
Como lo son en la vida  
La alegría y los pesares;  
Y tú el término señalas  
Del día, que apenas nace  
Cuando en el profundo abismo  
Del tiempo pasado cae.

---

Hablan los ecos perdidos  
Incomprensible lenguaje;  
Y se tiende el pensamiento  
Por inmensas soledades.  
Crepúsculo del estío,  
Tú en lágrimas te deshaces;  
Como el amor de una vírgen,  
Como el suspiro de un ángel.

---

Todo es esencia en las flores,  
Todo es arrullo en las aves,  
Toda es lamentos el agua  
Todo es gemidos el aire.

---

## SERENATA.

Vírgen de negros ojos,  
De faz morena,  
Tus pálidas mejillas  
Son de azucena,  
Tu aliento aroma,  
Tu voz es el arrullo  
De la paloma.

Serena está la noche,  
Callado el viento;  
Lleno está de esperanzas  
Mi pensamiento.  
Sueño con ellas,  
A la luz moribunda  
De las estrellas.

---

Niña de casta frente,  
De labios rojos,  
Todo el sol del estio  
Brilla en tus ojos.  
Flor delicada,  
Aun mas hermosa fueras  
Enamorada.

---

Que es amor alegría,  
Luz y consuelo;  
Manantial de esperanzas,  
Sombra del cielo.  
Rico tesoro  
Sueño que el alma viste  
De nácar y oro.

---

Honda sed me devora,  
Y es sed de amores,  
Que no apaga el rocío  
Que hay en las flores.  
Duermes en calma,  
Y el fuego de tus ojos  
Arde en mi alma.

---

Un ángel tu sonrisa  
De gracias llena;  
Tus pálidas mejillas  
Son de azucena,  
Tu aliento aroma,  
Tu voz es el arrullo  
De la paloma.

---

Dime que no suspiras  
Porque no advierta  
Que me escuchas llorando,  
Que estás despierta.  
Flor delicada,  
Dime que oyes mis cantos  
Enamorada.

---

Corazon sin amores  
Es, alma mia,  
Arroyo sin corriente,  
Planta sombría,  
Que se consume  
Sin dar fruto ni sombra,  
Flor ni perfume.

---

Calma esta sed ardiente  
Que me devora:  
Mira, rompiendo nubes  
Viene la aurora;  
Su luz es pura,  
Y el amor es el alma  
De la hermosura.

---

Adios: triste he venido,  
Me voy mas triste,  
Porque el sol de colores  
Los campos viste.  
Ay, tú no alcanzas  
Que mueren con la noche  
Mis esperanzas.

---

## LA ÚLTIMA PÁGINA.

Ameno valle de pintadas flores,  
Aura que vuelas de la tarde en pos,  
Sombras donde espiraron mis amores,  
Nubes, ondas, esencias y colores,  
Quedad con Dios.

Yo respiré bajo el ramaje umbrío,  
Y bebí en ámbar celestial placer;  
Ardió insensato el pensamiento mio,  
Y todo el fuego del ardiente estio  
Hirvió en mi ser.

---

Y yo inconstante, en los placeres ciego,  
Olvidé, Laura, tu inocente amor;  
Ingratitud que con mi llanto riego.  
Que, solo era tan ardiente fuego  
Sombra y vapor.

---

Tú no comprenderás, tierna doncella,  
Cuánto en mis desengaños aprendí.  
Tú leeras esta página, si en ella  
Una lágrima encuentras, Laura bella,  
Es para tí.

FIN.

## ÍNDICE.

---

	Páginas.
DEDICATORIA.....	V
PRÓLOGO.....	VII
APÓLOGO.....	XXXVII

### LA PRIMAVERA.

INTRODUCCION. La inocencia.—La virtud.....	1
Amor del poeta.....	7
Á la primavera.....	11
La niebla.....	15
El céfiro y una flor.....	19
El amor y el olvido.....	21
La inocencia.....	23
El laurel.....	27
Las azucenas.....	29
La caridad y la gratitud.....	33
La alondra.....	37
Lágrimas fecundas.....	41
Misterios de una pasionaria.....	43
La modestia.....	47
Celos.....	51
Lo que son las mariposas.....	53
El sauce y el ciprés.....	55
La lisonjera.....	57
La flor de la maravilla.....	61
El galan de noche.....	63
Las dos camelias.....	67
La ingratitud.....	71
La adelfa.....	73
La dalia.....	75
El aire y el agua.....	77
No me olvides.....	81
La enredadera.....	83
Los pensamientos.....	87
El sueño de las flores.....	89
Verdadero amor.....	91
La virtud.....	95
La hortensia y la madre selva.....	97

Angélica.—La oracion. . . . .	99
Serenata.—La espuma del agua. . . . .	103
Á Laura . . . . .	107

## EL ESTIO.

DEDICATORIA. . . . .	111
SERENATA.—Poesia de D. Eduardo Gonzalez Pe- droso. . . . .	113
INTRODUCCION. . . . .	119
El estio. . . . .	125
Laura.—(Continuacion del amor del poeta.) . . .	133
✓ El alba.—Melodia. . . . .	137
Las auras. . . . .	139
El llanto. . . . .	143
Las dos amapolas. . . . .	145
Melancolia. . . . .	149
Niñas y flores. . . . .	151
+ Melodia.—La paloma. . . . .	155
Amor filial.—Maria. . . . .	157
El ruiseñor. . . . .	163
Los lirios azules. . . . .	171
El álamo blanco. . . . .	177
* La mañana y la tarde. . . . .	179
La magnolia. . . . .	181
Las estrellas. . . . .	185
La golondrina. . . . .	187
* La imágen. . . . .	193
La estrella de la mañana. . . . .	199
Melodia. . . . .	203
La palma. . . . .	205
Misterios del amor. . . . .	209
La sensitiva. . . . .	215
La nube de verano. . . . .	223
El crepúsculo. . . . .	227
Serenata. . . . .	231
La última página. . . . .	235